

IFIGENIA EN TAURIDA

por *Walfang Goethe*

Tragedia en cinco actos. Traducción de Eugenio Orrego Vicuña.

DRAMATIS PERSONAE

IFIGENIA
THOAS, Rey de Taurida
ORESTES
PYLADES
ARCAS

La escena se desarrolla en un bosque sagrado, ante el templo de Diana.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

IFIGENIA

Cuando avanzo bajo vuestra sombra, cimas temblorosas del espeso bosque, santo y antiguo, experimento aun, como al entrar en el santuario apacible de la diosa, un secreto estremecimiento. Paréceme que mis pies tocan estos lugares por vez primera, y mi espíritu no se acostumbra. Hace ya mucho tiempo que una voluntad suprema, a la que me resigno, me tiene oculta en estos sitios; y sin embargo, como en el primer día, sigo siendo extranjera, porque, ¡ay!, el mar me separa de aquellos que amo. Y paso interminables días en la playa, desde donde mi corazón busca en vano la tierra de Grecia; las olas responden a mis suspiros con su mugido sordo. ¡Infortunado aquél que, lejos de sus padres, distante de su familia, arrastra una existencia solitaria! El pesar devora la felicidad

que imaginó cercana. Sus pensamientos errantes se tornan sin cesar hacia el hogar paterno, donde el Sol brillara por primera vez ante sus ojos, en que niños de la misma edad, entregándose a los mismos juegos, se unían el uno al otro, más, y más cada día, atados por dulces lazos. ¡No juzgo los decretos de los dioses, pero la condición de la mujer me parece digna de piedad! En su tierra, cuando combate, el hombre manda, y alejado de su país sabe proveer a sus necesidades. Suyo es el goce de la posesión, la victoria lo corona; una muerte gloriosa le está reservada. ¡Mas, en qué círculo estrecho está encerrada la felicidad de la mujer! ¡Obedecer a un esposo feroz es deber y consuelo a un tiempo, y es desgraciada si un destino adverso la empuja a tierras lejanas! Tal es mi suerte: Thoas, aun cuando es grande su generosidad, me retiene aquí en una esclavitud sagrada. ¡Ah!, confieso, confundida, el pesar con que te sirvo, diosa liberadora! Mi vida debería estar libremente consagrada a tu culto: así siempre lo esperé, y espero en tí, oh Diana, en tí que has acogido en tus divinos y misericordiosos brazos a la abandonada hija del gran rey. Hija de Zeus, si el hombre poderoso a quien pidieras su hija, desesperándolo; si Agamenon, igual a los dioses, que ofrendó en tus altares lo que más amaba, fué conducido a su patria, por tu mano protectora, desde las ruinas de Troya; si le conservaste a su esposa, a Electra y a su hijo, preciosos tesoros... , devuélveme por fin a los míos; y tú, que me salvaras de la muerte, sálvame de la vida que en estos lugares arrastro como una segunda muerte.

ESCENA II

(*IFIGENIA, ARCAS*)

ARCAS

El rey me envía a saludar a la sacerdotisa de Diana. Taurida agradece hoy a su diosa la magnífica victoria que acaba de obtener. Me he adelantado al rey y al ejército para anunciaros que se aproxima.

IFIGENIA

Prontas estamos a recibirlos dignamente, y nuestra diosa contempla con mirada favorable el sacrificio que va a ofrecerle Thoas por su mano.

ARCAS

Encontraré la mirada de la digna y noble sacerdotisa, tu mirada, oh virgen santa, más serena y brillante, a modo de feliz presagio para todos nosotros; pero el velo de un pesar oculto cubre aun tu corazón. Los años se deslizan sin que podamos obtener de tí la menor confianza. Observo la misma mirada desde que te veo ejercer tus funciones augustas, la misma mirada que siempre me estremeciera. Y tu alma permanece como atada por lazos de hierro...

IFIGENIA

Así conviene a la desterrada, a la huérfana.

ARCAS

¿Te sientes aquí huérfana o desterrada?

IFIGENIA

¿Puede la tierra extranjera convertirse en patria para nosotros?

ARCAS

Tu propia patria se te ha tornado extranjera.

IFIGENIA

He ahí por qué mi corazón sangrante no se cura. En la juventud primera, cuando mi alma comenzaba apenas a

vincularse a mis padres, a mi familia; cuando los retoños de una estirpe común, dulcemente unidos, juntos se lanzaban desde el viejo tronco hacia el cielo, una maldición inconcebible, ¡ay! se dejó caer sobre mí, me arrancó a las prendas de mi amor y con mano de hierro rompió los dulces lazos. Así desapareció la alegría de mi juventud, la felicidad de los primeros años: cierto es que me ví salvada de la muerte, pero ahora siento que no soy más que una sombra, que el dulce placer de la vida no florecerá de nuevo para mí.

ARCAS

Si tan infortunada te imaginas, tendré derecho para considerarte ingrata.

IFIGENIA

Sin cesar recibes el tributo de mi gratitud.

ARCAS

Verdad es, mas no de esa gratitud que premia el beneficio hecho, de esa mirada alegre que muestra al huésped una vida satisfecha, un corazón benévolo. Cuando un destino profundamente misterioso te condujo a este templo, hace años, Thoas te acogió, te trató con respeto y amor, como a una enviada del cielo, y fué para tí propicia y amiga esta playa tan adversa a los extranjeros, pues que antes de tí ninguno la abordó sin ser inmolado, como víctima expiatoria, sobre la escalinata del templo de Diana, de acuerdo con la usanza antigua.

IFIGENIA

La vida no consiste sólo en respirar con libertad. ¿Es vida ésta a que me obligan las santas funciones que aquí desempeño, sumida en duelo, semejante a una sombra que vaga alrededor de su tumba? ¿Y podemos creer que somos felices

cuando cada día consumido en estériles sueños nos prepara para esos días lúgubres que la negra muchedumbre de los muertos celebra en las orillas del Leteo? Una vida inútil es una muerte anticipada. ¡Ah, con mayor crueldad que otra ninguna yo sufrí la suerte común de las mujeres!

ARCAS

Te perdono ese noble orgullo que te torna insatisfecha de tí misma, y lo deploro porque te priva de la alegría de vivir. ¿Nada crees haber hecho después de tu llegada a estos sitios? ¿Y quién, entonces, volvió la paz al alma sombría del rey? ¿Quién, por su dulce persuasión, pudo suspender la antigua costumbre cruel que exigía que todo extranjero dejara su vida y su sangre al pie del altar de Diana? ¿Quién salvó tantas veces a los prisioneros de una muerte cierta, volviéndolos al seno de su patria? La diosa, lejos de irritarse por la falta de aquellos sacrificios sangrientos, ¿no ha escuchado tus dulces plegarias? ¿No extiende la victoria sus alas propicias sobre el ejército y no vuela delante del paso de nuestros guerreros? ¿No goza cada uno de mejor suerte después que el rey, que nos gobierna con sabiduría y valor desde hace tanto tiempo, aprendió de tí la dulzura y la clemencia, haciéndonos más fáciles los deberes de una silenciosa obediencia? ¿Dirás que eres inútil, cuando tu presencia esparce la felicidad sobre millares de hombres, convirtiéndote para el pueblo, al que un dios te enviara, en la eterna fuente de una felicidad nueva, y sobre esta playa mortal abres al extranjero, por tí salvado, el camino de su patria?

IFIGENIA

Lo hecho me parece bien poco ante todo lo que falta por hacer.

ARCAS

¿Elogias, entonces, a aquel que no aprecia lo hecho?

IFIGENIA

Se vitupera a quien pesa el valor de sus acciones.

ARCAS

Y a aquel que, orgulloso, no las estima en lo que realmente valen, tanto como a quien, con vanidad, las exagera. Créeme, escucha a un hombre fiel: si el rey conversa hoy contigo no le atajes en los labios la expresión de su pensamiento.

IFIGENIA

Me afliges, intentando convencerme; varias veces he eludido con pena sus proposiciones.

ARCAS

Reflexiona en lo que harás y en lo que verdaderamente te es útil. Desde que el rey perdió a su hijo, no se abre sino a muy pocos, y ahora menos que antes. Contempla con celosa mirada a todos los niños nobles, creyendo ver en cada uno a su sucesor. Su vejez es solitaria y sin consuelo. Teme acaso una revuelta audaz y una prematura muerte. Los scitas no saben, en sus discursos, elegir las palabras, y el rey menos que otro ninguno. Habitado al mundo y a la acción, ignora el arte de preparar una entrevista conforme a sus deseos; no se la tornes penosa por la reserva y el vacilar, y no finjas que no le comprendes: recorre, cuando menos, la mitad del camino.

IFIGENIA

¿Debo apresurar el golpe que me amenaza?

ARCAS

¿Das el nombre de amenaza a la gestión del rey?

IFIGENIA

De todas es para mí la más terrible.

ARCAS

Concédele al menos tu confianza, en retorno de su terrura.

IFIGENIA

Antes que nada debe él libertar mi alma de todo temor.

ARCAS

¿Por qué le ocultas tu origen?

IFIGENIA

Porque el misterio conviene a una sacerdotisa.

ARCAS

Para el rey nada debería constituir misterio. Y por lo mismo que no te exige la verdad, siente al menos, y lo siente con hondura en su alma grande, que tú te ocultas a sus ojos.

IFIGENIA

¿Acaso está irritado contra mí?

ARCAS

Casi lo parece, aun cuando habla poco de tí. Sin embargo, algunas palabras escapadas casualmente me anuncian que en su alma forjó el voto irrevocable de poseerte. Te conjuro a que no lo abandones a sí mismo: teme que el pesar

se acumule en su corazón; no sea que un día te llenes de espanto por haber pensado tardíamente en este aviso fiel.

IFIGENIA

¿El rey ha concebido una idea que no debe concebir el hombre amigo de los dioses? ¿Piensa arrebatar-me a este altar para ponerme en su lecho? ¡Y bien! yo invoco en mi ayuda a todos los dioses, y en especial a la diosa intrépida; ella ayudará a su sacerdotisa, y, virgen, sabrá defender a una virgen.

ARCAS

Nada temas. No está empujado el rey, por el ardor de la sangre, a acciones que serían propias sólo de un temerario joven; pero he sabido otra resolución suya que cumplirá sin que nada pueda contenerlo, porque su alma es inquebrantable. Así te suplico que confíes en él y te manifiestes agradecida, si nada más puedes ofrecerle.

IFIGENIA

Díme todo lo que sabes.

ARCAS

De su boca lo escucharás. Veo venir al rey. Tú lo respetas y es tu propio corazón quien te aconseja recibirlo con amistad y confianza. Las palabras dulces de una mujer pueden llevar lejos a una alma generosa.

IFIGENIA *(sola)*

En verdad no sé cómo he de seguir el consejo de este amigo fiel; obedezco, sin embargo, al deber de dirigir al rey palabras halagadoras en agradecimiento de sus beneficios, y deseo poder decirle la verdad en términos amables.

ESCENA III

(IFIGENIA, THOAS)

IFIGENIA

¡Que la diosa te colme de beneficios dignos de un rey!
¡Que te asegure la victoria, la gloria, la riqueza, la dicha de los tuyos; que realice cada uno de tus sabios deseos, y que aquel que provee a la suerte de tantos hombres goce también, más que otro alguno, de una felicidad no común!

THOAS

Me basta que mi pueblo aplauda las empresas que acometo; en cuanto al premio de la victoria, otros gozan más que yo. El hombre más afortunado, rey o súbdito, es aquel que encuentra la felicidad en su hogar. Tú tomastes parte en el mayor de mis dolores, cuando la espada de los enemigos me arrebató al último y al mejor de mis hijos. Mientras la venganza ocupó mi alma, no sentí la soledad de mi casa; sin embargo, ahora que regreso satisfecho, destruídos mis enemigos y mi hijo vengado, nada encuentro en el hogar que pueda alegrarme. La alegre obediencia que antaño veía brillar en todas las miradas, apagada está por el silencio, la inquietud y el pesar. Cada uno piensa en el porvenir y obedece a un rey sin descendencia. Ahora, para agradecerle la victoria, vengo a este templo donde tan a menudo entré a impetrarla. Llevo desde hace años en mi pecho un deseo al que no eres extraña, pero que no prevees, sin duda; espero, para felicidad mía y de mi pueblo, hacerte entrar como compañera en mi casa.

IFIGENIA

Es mucho ofrecer a una desconocida. ¡Oh rey! la fugitiva se halla confusa ante tí. No buscaba en esta tierra sino protección y paz, y tú se las has dado.

THOAS

Ese cuidado que pones en cubrirte con el misterio de tu nacimiento, ante mis ojos como ante los de mi último súbdito, no sería loable ni justo en ninguna parte. Es cierto que esta playa es terrible para los extranjeros; la ley y la necesidad lo exigen. Pero espero que tú, que aquí gozas de derechos a los cuales sólo la virtud puede aspirar, me acordarás la confianza debida a mis cuidados y a mi ternura, como un huésped testimonia su alegre reconocimiento por la buena acogida que recibiera.

IFIGENIA

Si escondí hasta ahora mi raza y el nombre de mis padres, oh rey, era por timidez más que por desconfianza; porque si tú conocieras a la creatura que se halla ante tí, si supieras que cabeza maldita alimentas y proteges, acaso un espanto terrible llenaría tu gran corazón con mortal estremecimiento; en lugar de ofrecerme un sitio a tu lado, sobre un trono, me expulsarías de tu país; me arrojarías antes del día que ha marcado el destino para volvérmelo a los míos y poner término a mi exilio, y me entregarías a esa miseria cuya garra fría y plena de horror aguarda doquiera al infortunado que de su familia desterraron.

THOAS

Sean cuales fueren los designios de los dioses sobre tí, y la fortuna que reserven a tu casa y a tí misma, al menos desde que habitas entre nosotros, gozando de los derechos de un huésped piadoso, nada falta a la bendición que me viene del cielo; difícilmente pudieran persuadirme que protejo en tí una cabeza culpable.

IFIGENIA

Es la buena acción, y no aquella que la recibe, la que atrae sobre tí esa bendición.

THOAS

El bien que se hace a los malvados no se bendice; pon fin a tu silencio, pues, y a tus rechazos. No te lo exige un hombre injusto. La diosa te puso en mis manos; tornándote sagrada para ella lo has sido también para mí; que su menor voluntad siga siendo en lo futuro mi ley. Si tienes esperanzas de volver a tu familia, renuncio a toda pretensión sobre ti. Pero si el camino está cerrado para siempre, si tu raza se halla desposeída o deshecha por algún atroz infortunio, entonces me perteneces por más de un derecho. Habla con franqueza, que yo mantengo mis promesas.

IFIGENIA

La lengua se desenreda penosamente cuando descubre un secreto que se guardó largo tiempo; porque, una vez confiado, abandona sin retorno el seguro y profundo retiro del corazón y se vuelve dañino o sutil, según place a los dioses. ¡Sabe, oh rey, que soy de la sangre de Tántalo!

THOAS

Sin emoción pronuncias un nombre muy grande. ¿Cuentas entre tus antepasados a aquel que conoció el mundo como antiguo favorito de los dioses? ¿Se trata de aquel Tántalo que Júpiter admitió a su consejo y a su mesa, y cuya ciencia y sabiduría hicieron que los dioses mismos se complacieran en sus pláticas como en sentencias de los oráculos?

IFIGENIA

Es el mismo: pero los dioses no deberían proceder con los hombres como con sus semejantes. La raza humana es demasiado débil para no ser poseída del vértigo cuando llega a alturas desacostumbradas. Tántalo no fué pérfido ni traidor; pero era demasiado grande para esclavo del amo del trueno; y para ser compañero suyo no era sino hombre. Así fué muy

humana su falta. La justicia de los dioses se mostró rigurosa, y los poetas han dicho: «Su presunción y su perfidia lo precipitaron desde la mesa de Júpiter a los abismos del negro Tártaro.» Y toda su raza, ¡ay! se vió cargada con el peso de aquel odio.

THOAS

¿Sólo es culpable de las faltas de su antepasado, o bien de las propias?

IFIGENIA

Los hijos y los sobrinos de Tántalo habían recibido en herencia el intrépido corazón y el vigor viril de los Titanes, pero Júpiter ciñó su frente con una venda de bronce, que oculta a sus sombrías miradas los buenos consejos, la moderación, la sabiduría y la paciencia. Cada deseo se tornaba frenesí, y ese frenesí no tuvo límite. El primero de todos, Pelops, hijo muy amado de Tántalo, Pelops el de la voluntad de acero, se apoderó por la traición y el asesinato de la más bella mujer, Hipodamia, la hija de Oenomaüs. Dió ella a su esposo dos hijos, Thyeste y Atreas. Y estos, viendo con celo el amor que el padre tenía por su hijo primogénito, nacido de otro matrimonio, asociaron su odio y en el propio hermano cometieron su primer crimen. El padre supuso que Hipodamia lo había asesinado y con furor le pidió a su hijo. La infortunada se arrancó la vida...

THOAS

¿Por qué callas? Continúa. No te arrepientas de tu confianza y habla.

IFIGENIA

¡Feliz aquel que se deleita recordando a sus abuelos, que habla complacido de sus acciones, de su grandeza, y que, tranquilo y contento, se ve colocado a sí mismo en el extremo

de una gloriosa sucesión! Porque no es de modo súbito que una raza produce un semi dios o un monstruo; es menester una sucesión de hombres de bien o de malvados, para que produzca la desgracia o la felicidad del mundo. Después de la muerte de su padre, Atreas y Thyeste reinaron juntos en Micenas; pero la armonía no pudo durar mucho entre ellos. Pronto Thyeste deshonoró el lecho de su hermano; Atreas, para vengarse, lo expulsó de su reino. Ya Thyeste, con intención criminal, le había robado un hijo que educó en secreto y con apariencia de ternura, como si hubiera sido suyo. Llenó de ira y de venganza el corazón del mancebo y lo envió a la corte de Atreas para que asesinara a su padre, creyendo dar muerte a su tío. Descubierto el plan, el rey castigó cruelmente al emisario asesino, pensando matar en él al hijo de su hermano. Sabedor, demasiado tarde, de quien era la víctima que sucumbiera ante sus ojos engañados, meditó, para vengarse, un crimen inaudito. Fingiéndose haberse apaciguado, reconcilióse con su hermano Thyeste, lo atrajo con sus dos hijos a su reino, tomó los niños, los degolló, y en el primer festín sirvióle a su padre aquel plato espantoso. Después, cuando Thyeste se hubo saciado de su propia sangre, como un presentimiento lo asaltara, pidió a sus niños y creyó oírles en la puerta los pasos y la voz. Atreas, con risa infernal, arrojóle entonces la cabeza y los pies de las víctimas. ¡Vuelves el rostro, oh rey! Así el sol desvió el suyo, e hizo abandonar a su carro la eterna ruta... ¡Tales son los antepasados de tu sacerdotisa! La noche cubre aun con sus alas sombrías muchas otras desgracias, una multitud de actos, frutos de ese espíritu de vértigo, y no nos deja sino una siniestra oscuridad.

THOAS

Que los oculte también tu silencio. Es un exceso de horror. Díme ahora por qué milagro has salido de esa raza feroz.

IFIGENIA

El hijo mayor de Atreas era Agamenón, mi padre. Puedo decir que ví en él, desde mi infancia, el modelo de un hombre

cumplido. Fué el primer fruto de su unión con Clymenestra; Electra nació enseguida. El rey reinó pacíficamente, y el reposo parecía asegurado en la casa de Tántalo, tan privada de tenerlo. Pero faltaba a la dicha de mis padres un hijo, y apenas ese deseo se vió cumplido, apenas Orestes, el bien amado, ocupó sitio entre sus dos hermanas, nuevos infortunios se apresuraron a golpear en nuestra casa. El rumor de la guerra que las fuerzas reunidas de los príncipes de Grecia llevaron alrededor de los muros de Troya para vengar el rapto de la más hermosa de las mujeres, ha llegado hasta tí. ¿Tomaron la ciudad? ¿alcanzaron el objeto de su venganza? Lo ignoro. Mi padre dirigía el ejército griego. Se detuvieron en Aulida, esperando vanamente un viento favorable, pues Diana, irritada contra su jefe, contuvo su impaciencia, y pidió al rey la primogénita de sus hijas. Me atrajeron al campo con mi madre, me arrastraron ante el altar y consagraron mi cabeza a la diosa. Pero Diana, que se había apaciguado y no deseaba ya mi sangre, me salvó, envolviéndome en una nube. En este templo recobré el uso de mis facultades. Sí, quien te habla es Ifigenia, la nieta de Atreas, la hija de Agamenón, que ahora pertenece a la diosa.

THOAS

No doy a la hija de reyes mayor preferencia ni más confianza que a la desconocida. Repito mi ofrecimiento: sígueme, ven a compartir mi suerte.

IFIGENIA

¿Cómo podría osarlo, oh rey? ¿Por ventura no tiene derecho exclusivo sobre mi vida la diosa que me salvó y a la cual esa vida está consagrada? Ella me escogió este asilo y me reserva, talvez, para que constituya la alegría más hermosa en la vejez de un padre que castigó suficientemente con la apariencia de mi muerte. Acaso la hora feliz de mi regreso se halla próxima, y yo, sin consideraciones a sus deseos, ¿me encadenaría aquí contra su voluntad? Supliqué a la diosa que me anunciara por algún indicio si debo permanecer...

THOAS

El mejor indicio de que debes permanecer, es que permaneces. No busques semejantes subterfugios. En vano se emplean largos discursos para dar una negativa; aquel que solicita sólo comprende el No.

IFIGENIA

No son palabras vanas, pronunciadas con el propósito de deslumbrar: te he descubierto el fondo de mi corazón. ¿No sientes, por ventura, en qué espera dolorosa debo suspirar por mi padre, por mi madre y mi familia toda? ¿No piensas que bajo esos viejos pórticos en que el dolor tantas veces murmuró mi nombre, la alegría, como en un día de nacimiento, enlazará a mi retorno las columnas con los festones más bellos? ¡Ah, si me envías en un barco a mi patria, darás a los míos y a mí una nueva vida!

THOAS

Haz lo que tu corazón te pida, no escuches la voz de la prudencia y de la razón. Sé mujer por completo, y entrégate al deseo inconsiderado que te empuja y arrastra de estos lugares. Cuando una pasión les arde en el pecho, ningún lazo sagrado impide que vayan hacia el traidor que las atare fuera de los lazos fieles y probados del padre y del marido; si ese fuego les abrasa el seno, la lengua dorada de la persuasión, por poderosa y sagrada que sea, hace sobre ellos inútiles esfuerzos.

IFIGENIA

Acuérdate, oh rey, de tu noble palabra. ¿Deseas recompensar así mi confianza? Parecías preparado a oírlo todo.

THOAS

No estaba preparado para cosas tan distantes de mi pensamiento. Debí esperarlas, sin embargo: ¿acaso no sabía, al venir acá, que había de tratar con una mujer?

IFIGENIA

¡No ultrajes, oh rey, nuestro sexo infortunado! Sus armas, aun cuando inferiores a las vuestras, no carecen de nobleza. Cree que yo tengo sobre tí la ventaja de saber mejor que tú mismo lo que puede hacerte feliz. Imaginas, sin conocer tu corazón ni el mío, que nudos más estrechos nos unirán para nuestra dicha. Lleno de esperanza y de loable intención, me apremias para que me una a tu suerte, y yo doy gracias a los dioses que me han dado fuerzas para no contraer una alianza que desapruedan.

THOAS

Los dioses callan: es tu corazón el que habla.

IFIGENIA

Los dioses sólo nos hablan por la voz de nuestro corazón.

THOAS

¿No tengo también el derecho de oírlos?

IFIGENIA

El ruido de la tempestad ahoga la voz débil.

THOAS

Sólo la sacerdotisa, sin duda, sabe comprenderla.

IFIGENIA

El príncipe más que otro alguno, debe consideración a sus avisos.

THOAS

Tus sagradas funciones, es cierto, y el derecho de sentarte a la mesa de Júpiter, que te diera el nacimiento, te sitúan más cerca de los dioses que a un hijo salvaje de la tierra.

IFIGENIA

Debo expiar la confianza que me arrancarás.

THOAS

No soy más que un hombre; y vale más, creo, terminar esta entrevista. He aquí mi voluntad: sigue como sacerdotisa de la diosa tal como ella te escogió; pero que Diana me perdone el haber interrumpido hasta hoy, injustamente y contra mi conciencia, los antiguos sacrificios. Jamás el extranjero fué conducido a esta playa por su buen destino; siempre encontró aquí una muerte segura. Tú sola, por un dulce arranque del cual me regocijé en el fondo del alma, y en el que creí ver el amor de una hija tierna, o la secreta adhesión de una novia, tú sola me has encadenado como por lazos mágicos, haciéndome olvidar mi deber. Adormecidos los sentidos, ya no oía los murmullos de mi pueblo. Ahora me reprocho en voz alta el haber atraído la prematura muerte de mi hijo, y no quiero irritar por más tiempo, en favor tuyo, a la muchedumbre que reclama el sacrificio.

IFIGENIA

Nunca pedí ese cambio en favor mío. Comprende mal a los dioses quien los cree ávidos de sangre y les atribuye su propia crueldad. ¿No me arrancó la diosa misma al sacerdote? Mi devoción a su culto le fué más agradable que mi muerte.

THOAS

No nos conviene explicar y adaptar ese santo uso a la medida de nuestras ideas y de nuestra movible razón. Haz tu deber, yo haré el mío. Dos extranjeros que encontramos escondidos en las rocas de la playa, y que nada feliz aportaban, están entre mis manos. ¡Que tu diosa, al recibir su sangre, recobre un justo y antiguo sacrificio por tanto tiempo suspendido! Voy a enviarlos aquí: ya conoces tu ministerio.

ESCENA IV

(*IFIGENIA*)

IFIGENIA (*sola*)

Posees nubes, generosa protectora, para envolver a la inocencia perseguida y transportarla donde desees, en alas del viento, sobre los mares y las vastas regiones de la tierra, lejos de los brazos de hierro del destino. Eres sabia y ves el porvenir. Para tí el pasado no se extingue y tu mirada se reposa sobre los tuyos, como tu luz, vida de las noches, se reposa sobre la tierra que acaricia. ¡Oh diosa! aparta la sangre de mis manos. Nunca da la dicha ni el reposo; y el espectro de la víctima expiará la hora fatal de su asesino involuntario para helarlo de espanto. Porque es grato a los inmortales ver como se multiplican y extienden sobre la tierra las razas de hombres virtuosos. Pláceles prolongar la vida fugitiva de los mortales, a quienes permiten la gozosa alegría de contemplar con ellos su cielo, el cielo eterno.

TELON

ACTO SEGUNDO

(Decoración del acto anterior)

ESCENA I

(ORESTES, PYLADES)

ORESTES

¡Hacia la muerte caminamos! A cada paso mi alma se torna más serena. Cuando rogaba a Apolo que apartase de mí el espantable cortejo de las Eumenidas, el dios, con palabras ricas de esperanza, parecía prometerme que encontraría término a mis desgracias en el templo de su hermana bien amada que reina en Taurida; y se cumple hoy la divina promesa, porque todos los males van a terminar conmigo. ¡Cuán fácil me será renunciar a la luz del sol, pues que una mano divina me oprime el corazón y me extravía el espíritu! Si los descendientes de Atreus no han de alcanzar en el combate una muerte que la victoria corone; si debo, como mis abuelos y mi padre, perecer miserablemente, tal una víctima desti-

nada al sacrificio, ¡sea! Vale más perecer aquí, ante el altar, que en algún recinto oscuro en donde parientes homicidas tienen los puñales preparados. ¡Potencias subterráneas, dejadme hasta entonces en paz, vosotros que os excitáis mutuamente, como el perro arrojado sobre su presa, a seguir las manchas de sangre-que marca la huella de mis pasos; dejadme, que pronto descenderé hacia vosotras! La antorcha del día no debe alumbrarme más que vosotras. Lo hermoso, el verde tapiz de la tierra no ha sido hecho para las sombras, Sí, voy a buscaros allá, donde un mismo destino a todos une en eterna noche. Pero tú, mi Pylades, cómplice inocente de mi falta y compañero de mi exilio... ¡no sabes cuánto lamento arrastrarte conmigo, tan temprano, a los lugares en que habita el dolor! Sólo tu vida o tu muerte pueden ahora inspirarme esperanza o miedo.

PYLADES

No estoy preparado aun, como tú, querido Orestes, a descender al reino de las sombras; me es grato imaginar que, por los tortuosos caminos que parecen llevar a la noche negra, llegaremos a recuperar la vida. No pienso en la muerte; trato de saber si por azar nos abren los dioses el camino de la fuga. La muerte, temida o nó, viene sin que pueda detenerse. En el momento mismo en que la sacerdotisa levantará la mano para cortar y consagrar los bucles de nuestros cabellos, tu salvación y la mía constituirán aun mi único pensamiento. Levanta tu alma abatida: tu vacilación acrece el peligro. Apolo nos prometió que en el santuario de su hermana encontrarías consuelo, socorro y el retorno a Grecia: la palabra de los dioses no se equivoca, como la imagina el hombre desesperado.

ORESTES

Mi madre envolvió temprano mi cabeza juvenil en los sombríos nubarrones de la vida: crecí, imagen fiel de mi padre, y mi silenciosa mirada era para ella y su amante un reproche

amargo. ¡Cuántas veces, cuando mi hermana Electra se encontraba sentada tranquilamente, cerca del hogar de la vasta sala, me apreté contra su pecho, con el alma oprimida! Y con ojos inquietos la miraba llorar amargamente. Ella me hablaba entonces de nuestro ilustre padre y yo anhelaba verlo, estar junto a él... Deseaba a ratos ir a Troya y a ratos que volviera él. En fin llegó el día en que...

PYLADES

¡Ah! Deja a los espíritus infernales que se ocupen por las noches de esa hora fatal! Busquemos en la memoria de los tiempos felices nuevas fuerzas para recorrer un camino heroico. Los dioses necesitan ser servidos en esta vasta tierra por más de un hombre de bien. Tienen aun proyectos sobre tí; por eso no dejaron que siguieras a tu padre, cuando pasó violentamente al río de sombra.

ORESTES

¡Pluguiera al cielo que, juntándome a él, lo hubiese acompañado!

PYLADES

Por mí hubieron de trabajar aquellos que te salvaron; pues no puedo imaginar que hubiese sido de mí si no vivieras, que desde mi infancia no vivo y no deseo vivir sino contigo y por amor de tí.

ORESTES

No me recuerdes esos hermosos días en que tu familia me daba libre albergue. Tu noble padre, tan sabio y tierno, me prodigaba sus cuidados como a una planta joven a medio agostar, en tanto tú, compañero siempre alegre, parecido a la mariposa ligera y brillante que voltija en torno a una flor sombría, tornabas cada día a mi alrededor con renovada jovia-

lidad, que hacías penetrar a mi alma. Tanto que, olvidando mis penas, me entregué contigo al torbellino de la juventud.

PYLADES

Mi vida sólo comenzó en el momento en que te amé.

ORESTES

Dí más bien, mi desgracia comenzó entonces, y dirás la verdad. Lo más espantoso de mi destino es que, semejante a un apestado que arrojaran de su tierra, llevo en mi seno el dolor y la muerte; cuando mis pasos tocan el sitio más salubre, veo en los rostros más brillantes cómo se acentúan los dolorosos síntomas de una muerte lenta.

PYLADES

¿Quién estara más cerca que yo, querido Orestes, de morir de esa muerte, si tu aliento fuera venenoso? Y, sin embargo, ¿no estoy siempre lleno de coraje y de alegría? La alegría junta a la amistad, he ahí las alas que empujan a las acciones grandes.

ORESTES

¡Las grandes acciones! Sí, recuerdo el tiempo en que se ofrecían a nuestros ojos, numerosas: cuando juntos perseguíamos a los animales salvajes a través de montes y de valles, halagándonos con la idea de poder así, un día, al igual que nuestro ilustre abuelo en fuerza y valor, perseguir con la espada y la maza a los bandidos y a los monstruos. Cuando, después, apoyados el uno en el otro, reposábamos por la tarde a orillas de la vasta mar, y las olas venían a jugar a nuestros pies y ante nuestra vista el mundo se desplegaba, alguno de nosotros tiraba fogoso de su espada y las hermosas acciones futuras brotaban del seno de la noche, alrededor nuestro, innumerables como las estrellas.

PYLADES

Es infinita la obra que nuestra alma anhela cumplir. Desearíamos que todas nuestras acciones, al nacer, estuviesen a la altura de aquellas que la voz de los poetas nos trasmite embellecidas y magnificadas a través de las generaciones, los países y los siglos. ¡Suenan tan bien los altos hechos de nuestros padres, cuando mezclados a los sonos del harpa descienden al alma de los jóvenes, en la hora del crepúsculo! Y sin embargo nuestras acciones son lo que fueron las suyas, llenas de fatigas y de vano esfuerzo. Así perseguimos lo que huye delante de nosotros, sin considerar el camino que recorreremos y apenas vemos sobre la ruta la huella del paso de nuestros abuelos, la marca de su vida terrestre. Nos precipitamos siempre hacia su sombra que, semejante a una deidad, corona en la lejanía, sobre nubes de oro, la cima de las montañas. No estimo yo al hombre que tiene de sí mismo una opinión tan alta como la que pudiera concebir la multitud, pero creo que tú debes agradecer a los dioses el haber obrado tantas cosas con tu brazo tan joven aún.

ORESTES

Cuando los dioses conceden al hombre alguna acción brillante, que desvíe un infortunio, pronto a caer sobre los suyos, que ensanche su reino, que asegure sus fronteras, y haga caer o huir a los enemigos poderosos, entonces puede darles gracias, pues un dios le ha otorgado la primera, la última alegría de la vida. Pero a mí los dioses me reservaron un papel de verdugo, de asesino de una madre que yo honraba, empero, y al vengar un crimen con otro, me precipitaron al abismo. Créeme, dirigieron todos sus dardos sobre la familia de Tántalo, y yo, su postrer retoño, no puedo salir inocente y virtuoso del mundo.

PYLADES

Los dioses no castigan sobre los hijos las faltas de los padres. Cada cual, bueno o malvado, lleva consigo la re-

compensa de sus actos. Lo que heredaron de sus antepasados es la bendición y no la maldición.

ORESTES

Paréceme que no es una bendición la que nos ha empujado aquí.

PYLADES

Al menos es la suprema voluntad de los dioses.

ORESTES

Entonces es su voluntad la que nos pierde.

PYLADES

Haz lo que ellos te ordenen y aguarda. Si llevas su hermana a Apolo y si ambos, gracias a tí, se reúnen en Delfos, honrados por un noble pueblo, tal acción te hará merecer la gratitud de la divina pareja: te arrancarán de manos de las potencias infernales. Ahora mismo ninguna de ellas se atreve a perseguirte en este bosque sagrado.

ORESTES

Al menos tendré así una muerte apacible.

PYLADES

Mis ideas difieren mucho de las tuyas. Después de maduro examen he comprendido lo que liga nuestro pasado con nuestro porvenir. Acaso esa empresa grande maduró desde hace tiempo en el consejo de los dioses. Diana desea vivamente alejarse de esta playa bárbara y de estos sangrientos sacrificios humanos. Y somos nosotros los destinados a cumplir una tarea tan hermosa; nos ha sido impuesta y un milagro nos condujo por fuerza a la puerta de este templo.

ORESTES

Relacionas, Pylades, con mucho arte las voluntades del cielo con tus propios deseos.

PYLADES

¿En qué consistiría la prudencia del hombre, si no escuchara atentamente la voz del cielo? Un día llama a trabajo difícil al hombre de corazón que fracasó a menudo, y le impone algo que nos parece imposible ejecutar; pero el héroe sale vencedor de la prueba, expía sus errores, y sirve a los dioses y al mundo, cuya veneración adquiere.

ORESTES

¡Ah! Si estoy destinado a vivir y a actuar, que algún dios aparte de mi frente adolorida ese vértigo que me arrastra hacia los muertos por un camino empapado en la sangre de mi madre; que por gracia detenga la fuente que brota de sus heridas y me enloda sin cesar.

PYLADES

Espera con más calma ese favor. Tú aumentas tus males y desempeñas contra tí mismo el oficio de las Furias. Déjame reflexionar. En el último momento, cuando sea menester reunir nuestras fuerzas para la acción, te llamaré, y entonces, llenos ambos de audacia, marcharemos...

ORESTES

Creo escuchar a Ulyses.

PYLADES

No te burles. Cada cual debe escoger su héroe y tratar de abrirse, en su huella, un camino hacia el Olimpo. Debo

confesar que la astucia y la prudencia no deshonran al hombre que se consagra a tareas audaces.

ORESTES

Aprecio al que es recto y valeroso.

PYLADES

Por eso no te he podido consejo. Algo se ha avanzado. Hasta hoy saqué mucho de nuestros guardianes. Sé que una mujer extranjera, semejante a una diosa, tiene encadenada la ley bárbara. Ofrece ella a los dioses un corazón puro, incienso, oraciones... Elogian mucho su bondad; dicen que proviene de la raza de las Amazonas, y que huyó por escapar de algún gran infortunio.

ORESTES

Parece que su imperio y su influencia han perdido fuerza con la aproximación del criminal que la maldición persigue y envuelve como una espesa noche. Una piadosa crueldad, para perdernos, despierta la antigua costumbre. El espíritu indómito del rey nos inmola; una mujer no nos salvará de su cólera.

PYLADES

Suerte es que sea una mujer; porque el hombre, aun el mejor, habitúa su espíritu a la crueldad, se hace al fin ley de lo que aborrece, y endurecido por la costumbre, se torna casi irreconocible. La mujer, al contrario, es fiel a los sentimientos que adopta. Puede contarse más seguramente con ella para el bien que para el mal... Más ahí viene... Déjanos solos. No debo decirle nuestros nombres ni confiarle nuestros destinos sin reserva. Anda, que ya te veré de nuevo antes de que ella te hable.

ESCENA II

(IFIGENIA, PYLADES)

IFIGENIA

¿De dónde eres, de dónde vienes, oh extranjero? Habla. Paréceme que debo compararte más bien a un griego que a un escyta. *(Le quita las cadenas)*. Peligrosa es la libertad que doy. ¡Que los dioses desvíen de tí los males que te amenazan!

PYLADES

¡Oh dulce voz, sonidos de la materna lengua, mil veces bien venidos en la tierra extranjera! Ante esta benévola acogida las colinas azules del país natal se presentan a los ojos del prisionero. Entrégate con certeza al alegre pensamiento de que yo también soy griego. Pero olvidé por un instante cuánta necesidad tengo de tí y mi espíritu se ha llenado de la deliciosa aparición... Díme, si un destino severo no cierra tus labios, de cuál de nuestras familias proviene tu origen casi divino.

IFIGENIA

La que te habla es la sacerdotisa que vuestra diosa misma escogiera para su culto; que eso te baste. Díme quién eres, dí qué funesta influencia del destino te condujo aquí con tu compañero.

PYLADES

Fácil me es referirte qué males nos persiguen con su penoso cortejo. Somos cretenses, hijos de Adraste; yo soy el más joven y me llamo Céfalo. Laodamas es el nombre del hermano que me acompaña; es el mayor de la familia. Entre nosotros dos existía un tercer hijo, salvaje y duro, que desde su primera infancia rompía en los juegos la unión y el placer.

Apaciblemente obedecemos las órdenes de nuestra madre, mientras nuestro padre combatía en Troya; pero como volvió cargado de botín y murió poco después, una viva discusión se desató entre nosotros acerca del reino y de la herencia. Tomé yo el partido del mayor, quien mató a nuestro hermano. En castigo de ese fratricidio, las Furias le persiguen sin descanso en todo sitio. Sin embargo, Apolo Delfico nos envía llenos de esperanza a esta playa bárbara. Nos encargó que buscáramos en el templo de su hermana el socorro de una mano piadosa. Hemos sido hecho prisioneros, traídos aquí y puestos a tu disposición, a título de víctimas: ya lo sabes todo.

IFIGENIA

¡Troya ha caído! ¡Ah! Asegúrame por piedad esta noticia.

PYLADES

Troya no existe... ¡Ah! ¡Asegura nuestra liberación! ¡Apresura el socorro que un dios nos prometiera! ¡Apíadate de mi hermano! ¡Dirígele pronto alguna palabra de consuelo! Al menos, te lo suplico, trátale con cuidado al hablarle. Porque la alegría, el dolor y los recuerdos se apoderan fácilmente de sus sentidos y los trastornan. La fiebre y el delirio le cogen, y su alma, tan bella, tan libre, se convierte en presa de las Furias.

IFIGENIA

Por grande que sea tu infortunio, te conjuro a que lo olvides un momento, hasta que hayas calmado mi inquietud.

PYLADES

La gran ciudad que durante diez años largos resistió a todo el ejército de los griegos, está enterrada hoy bajo sus escómbros para no levantarse más. Sin embargo, la playa de los bárbaros trae a nuestro recuerdo muchas tumbas en

que reposan nuestros guerreros más valerosos. Ahí duerme Aquiles con su amigo Patroclos.

IFIGENIA

¡Imágenes de los dioses, os veis reducidas a cenizas!

PYLADES

Palamedes, Ajax, hijo de Telamon, no han tornado a ver el cielo de la patria.....

IFIGENIA (*aparte*)

No habla de mi padre; no lo nombra entre los muertos. Sí, aun vive él para mí... Lo veré... ¡Espera, corazón!

PYLADES

¡Felices, sin embargo, los millares de combatientes que de mano del enemigo recibieron una muerte dulce y cruel a un tiempo, porque un dios poderosamente irritado preparó, en lugar de un triunfo, un sombrío espanto y un final triste a aquellos que tornaron a Grecia! ¿La voz de los hombres no llega a tí? Doquiera se extiende, publica la fama de crímenes inauditos. Así, la aficción profunda que llena de gemidos sin término el palacio de Mycenas, ¿es un secreto para tí? Clymenestra, con ayuda de Egysto, sorprendió a su esposo y el día mismo de su regreso lo apuñaleó... ¡Tú reverencias la familia de ese príncipe! Lo veo, tu corazón en vano lucha contra estas palabras horribles e inesperadas. ¿Eres hija de algún amigo de ese rey? ¿Nacistes en Mycenas, cerca de su palacio? No me lo ocultes, y no me guardes rencor si te anuncié antes que otros este abominable suceso.

IFIGENIA

Díme cómo se realizó un crimen tan execrable.

PYLADES

El día de su llegada, el rey, recién salido del baño, fresco y descansado, quiso recibir las vestiduras de manos de su esposa. Entonces la pérfida arrojó sobre las espaldas del príncipe y en torno de su noble cabeza un manto de grandes pliegues artísticamente preparado; y como él hiciera inútiles esfuerzos para desembarazarse, Egysto, el traidor Egysto, le hirió, y envuelto en ese sudario el gran monarca pasó al país de los muertos.

IFIGENIA

¿Qué recompensa obtuvo el cómplice?

PYLADES

Un reino y un lecho que ya poseía.

IFIGENIA

¿Así, ella se vió empujada a crimen tan espantoso por una pasión impura?

PYLADES

Que se sumaba al hondo resentimiento de una antigua venganza.

IFIGENIA

¿Y en qué ofendió el rey a su esposa?

PYLADES

Por una acción bárbara, que excusaría ese crimen si fuera excusable. El la atrajo a Aulida, y como una divinidad opusiera vientos impetuosos a la travesía de los griegos, llevó

a la mayor de sus hijas, Ifigenia, ante el altar de Diana; Ifigenia cayó como una ofrenda sangrienta por la salud del ejército. Esta crueldad clavó en el corazón de Clymenestra, según dicen, un odio tan profundo por su esposo, que se entregó a las sollicitaciones de Egysto, y envolvió ella misma a su marido en las redes de la muerte...

IFIGENIA (*cubriéndose con su velo*)

Basta. Después seguiremos hablando...

PYLADES (*solo*)

Parece hondamente conmovida con la suerte de la familia real. Quienquiera que sea, parece que ella ha conocido al rey, y que es retoño de una ilustre familia traída a estos sitios en esclavitud por nuestra felicidad. Pero, calla corazón; la estrella de la esperanza nos sonrío. Marchamos a su encuentro con resolución y prudencia.

TELON

ACTO TERCERO

(Decoración de los actos anteriores)

ESCENA I

(IFIGENIA, ORESTES)

IFIGENIA

¡Infortunada! Yo rompí tus ligaduras; presagio de un destino más riguroso. La libertad que asegura este santuario, es sólo mensajera de la muerte y se asemeja a los últimos resplandores de una vida que se va a extinguir dolorosamente. ¡No puedo, no me atrevo a confesarme a mí misma que estáis perdidos! Sin embargo, ¿cómo podría yo sacrificaros con mano homicida? Y nadie, nadie osará tocar vuestras cabezas mientras yo sea sacerdotisa de Diana. Pero si rehúso cumplir este deber que exige una ley rigurosa, el rey escogerá una de las vírgenes sagradas para sucederme en mis funciones y entonces no podría ayudaros en otra forma que con mis deseos. ¡Ah, digno compatriota! Si el último servidor que ha tocado el hogar de los dioses paternos nos es tan bienvenido en el país extranjero, ¿puedo yo recibiros con demasiada alegría y bendi-

ciones, a vosotros, que me mostráis la imagen de los héroes que mis padres me enseñaron a reverenciar, y que llenáis mi corazón de una nueva y halagadora esperanza?

ORESTES

¿Escondes a propósito y por prudencia tu origen y tu nombre, o puedo saber quién se presenta ante mí, semejante a una divinidad?

IFIGENIA

Me conocerás; pero dime ahora aquello que no supe sino imperfectamente de boca de tu hermano. Cuéntame el fin de aquellos que, tornando de Troya, fueron acogidos en el umbral de su casa por un destino tan cruel como inesperado. Era joven, es verdad, cuando me condujeron a esta playa; sin embargo recuerdo las miradas tímidas y saturadas de admiración y sorpresa con que contemplaba a los héroes. Cuando partieron, hubiérase dicho que se había abierto el Olimpo, para espanto de Ilión, enviando a la tierra las imágenes de los héroes antiguos. ¡Y era más noble que todos Agamenón! ¡Ah! Dímelo. ¿Cayó, de retorno a su hogar, víctima de su mujer y de Egysto?

ORESTES

¡Tú lo has dicho!

IFIGENIA

¡Maldición a tí, infortunada Mycenás! ¡Los descendientes de Tántalo han arrojado a manos llenas maldición sobre maldición! Y como la planta venenosa que sacude sus frutos áridos y esparce a su alrededor millares de semillas, engendraron ellos mismos asesinos para sus hijos, a fin de que una furia recíproca se perpetuase entre ellas de generación en generación. Descúbreme lo que la oscuridad del espanto me

ocultó en el discurso de tu hermano... ¿Cómo el último hijo de esta gran raza, el precioso niño destinado a vengar un día a su padre, cómo Orestes pudo escapar a esa jornada sangrienta? ¿Un destino parecido lo envió acaso a las playas sombrías? ¿Se salvó? ¿Vive? ¿Electra vive?

ORESTES

Viven.

IFIGENIA

¡Sol de oro, préstame tus rayos más bellos y colócalos como una ofrenda de mi gratitud ante el trono de Júpiter, porque soy pobre y muda!

ORESTES

Si te sientes ligada a esa familia real por los nudos de la hospitalidad o por lazos más estrechos, como tu alegría me lo revela, doma tu corazón, domínalo fuertemente, porque un retorno repentino al dolor debe ser insoportable a quien se regocija. Tu sólo conoces, según veo, la muerte de Agamenón.

IFIGENIA

¿No basta esta noticia?

ORESTES

No sabes sino la mitad de los crímenes.

IFIGENIA

¿Qué puedo temer aún? Orestes y Electra viven.

ORESTES

¿Y nada temes por Clymenestra?

IFIGENIA

A ella ni la esperanza ni el temor pueden salvarla.

ORESTES

También abandonó Clymenestra la tierra de la esperanza.

IFIGENIA

¿Derramó, acaso, en sus remordimientos furiosos, su propia sangre?

ORESTES

No. Sin embargo su propia sangre le ha dado la muerte.

IFIGENIA

Habla con más claridad; no me dejes por más tiempo en conjeturas. La incertidumbre agita sus sombrías alas en torno de mi cabeza inquieta.

ORESTES

Los dioses me han escogido para ser heraldo de una acción que desearía enterrar para siempre en las sordas profundidades del infernal reino de las sombras. Contra mi voluntad tu boca divina me impone este mandato; que sin temor a rechazo puede pedirme aún lo que me sea doloroso. El día que Agamenón pereció, Electra escondió a su hermano para salvarlo. Strophius, suegro de Agamenón, lo recibió con bondad, educándolo junto a su propio hijo, Pylades, quien se ligó a él con los más dulces lazos de la amistad. A medida que crecían, crecía también el violento deseo de vengar la muerte del rey. Un día, disfrazados, se dirigieron a Mycenae, como si llevaran la noticia de la muerte de Orestes con sus cenizas. La reina los recibió bien. Entraron en el

palacio. Orestes se dió a conocer a Electra, que reanimó en su corazón el fuego de la venganza comprimido por la presencia sacra de su madre. Ella lo condujo en secreto al lugar en que su padre pereciera; donde, a pesar del tiempo, algunas huellas de sangre imprimían aun sobre la piedra, a menudo lavada, un tinte pálido y de siniestro augurio. Allí, le describió ella con fuego todas las circunstancias de aquel crimen monstruoso, su vida pasada en esclavitud e infortunio, el orgullo de los asesinos felices, y los riesgos que esperaban a los hijos de Agamenón de parte de una madre que ya sólo era madrastra. Después, púsole ella en su mano este antiguo puñal, instrumento de destrucción, más de una vez, en la casa de Tántalo. Y Clymenestra murió a manos de su hijo.

IFIGENIA

¡Inmortales! Vosotros que gozáis de días serenos en vuestros tronos de nubes siempre renovadas, ¿me habéis retenido tanto tiempo cerca de vosotros en la inocente tarea de mantener el fuego sagrado; me habéis levantado el alma, como una llama leve, hacia la piadosa y eterna claridad de vuestros lares, para que sintiese más tarde y con amargura mayor los espantosos infortunios de mi familia? ¡Ah! ¡Háblame del infortunado! ¡Háblame de Orestes!

ORESTES

¡Si pudiera hablar de su muerte! El alma de su madre, como escapada de su cuerpo sangriento, gritó a las terribles hijas de la Noche: «No dejéis escapar al parricida; perseguid a ese monstruo, consagrado ya a vuestra venganza». Ellas obedecieron, paseando en torno sus miradas siniestras con la avidez del águila. Agitándose en sus negros abismos, desde el fondo del antro salían sin ruido sus satélites, la Duda y los Remordimientos. Delante se levantaba vapor del Aqueron y en sus torbellinos veía el culpable, espantado, dar vueltas en torno a su cabeza, sin cesar un punto, la eterna visión de su crimen. Nacidas para el mal, ellas oprimen esta tierra

sembrada por los dioses, de la que una antigua maldición la desterrara. Su paso rápido perseguía al fugitivo y no le daban ellas tregua sino para agobiarlo con nuevo dolor.

IFIGENIA

¡Infortunado! Tal es tu suerte y sientes lo que él, pobre fugitivo, debe sufrir.

ORESTES

¿Qué dices? ¿Qué te hace presumir que mi suerte sea semejante?

IFIGENIA

Un fratricido te agobia como a él. Tu hermano me confió su secreto.

ORESTES

No puedo soportar que tu alma grande se vea turbada por una mentira. Que un extranjero acostumbrado al artificio trate de hacer caer a otro extranjero en un lazo mentiroso, ¡mas entre nosotros que reine la verdad! ¡Yo soy Orestes! Y esta cabeza culpable se inclina hacia la tumba y busca la muerte, que en la forma que llegue será bienvenida... Quiquiera que tú seas, deseo tu liberación y la de mi amigo, pero no la mía. Paréceme que vives aquí contra tu voluntad. Buscad ambos un medio de huir y dejadme en este sitio: ¡que precipiten mi cuerpo inanimado desde una roca; que mi sangre hirviente corra hasta el mar e invoque la maldición para esta playa bárbara! Id vosotros a la Grecia hermosa, a comenzar una vida nueva y feliz. (*Se aleja*).

IFIGENIA

¡Desciendes hasta mí, instrumento del destino, augusto hijo del más grande de los padres! ¡Cuán inmensa se alza tu

imagen ante mis ojos! ¡Apenas llega mi mirada hasta tus manos que vienen, plenas de frutos y de coronas de bendición, a ofrecerme los tesoros del Olimpo! Así como se conoce a un rey en la abundancia de sus dones (pues lo que es riqueza para millares parece poca cosa a un rey), se conoce a los dioses por los presentes que nos hacen con prudencia, después de larga y sabia preparación. ¡Porque sólo vosotros, oh dioses, sabéis lo que puede sernos útil y abrazáis con vuestra mirada el reino inmenso del porvenir, en tanto nuestra visión se ve limitada por la estrella y el crepúsculo de cada tarde! Sin emocionaros escucháis las súplicas que os dirigimos, inconsideradamente, para apresurar vuestros beneficios; pero vuestra mano nunca coje antes de que maduren los frutos de oro del cielo, y es maldito aquel que por impaciencia los arranca antes de tiempo, pues no encuentra sino la amargura y la muerte. ¡Ah, no permitáis que la felicidad que esperé tanto tiempo, en la que apenas creo ahora, desaparezca ante mis ojos como la sombra de un amigo que ya no está, y sin darme más que una ilusión me deje un dolor triplemente cruel!

ORESTES (*Volviendo hacia ella*).

Si invocas a los dioses para tí y Pylades, no mezcles mi nombre. Tú no salvarías al infortunado a quien te asociaras y compartirías su maldición y sus tormentos.

IFIGENIA

Mi destino está ligado irrevocablemente al tuyo.

ORESTES

Nó, nó, déjame caminar a la muerte sin compañero: tú cubrirías al culpable con tu velo, que no podría ocultarle a los ojos de los inevitables guardianes que tu divina presencia le aparta sin disparlos. No osan, las temerarias, poner sus pies de bronce sobre el suelo de este bosque sagrado; sin embargo, escucho en la lejanía, a ratos, sus repugnantes esta-

lidos de risa. Así aguardan los lobos al pie del árbol en que se refugió el viajero. Están tranquilamente acampados ahí fuera; pero si abandono este bosque, se levantarán, sacudirán sus cabezas de serpientes, harán saltar el polvo y empujarán a su presa.

IFIGENIA

¿Puedes escuchar, Orestes, una palabra amiga?

ORESTES

Resérvalas para un amigo de los dioses.

IFIGENIA

Estos dioses te ofrecen una nueva vislumbre de esperanza.

ORESTES

A través de la humareda y del vapor veo la pálida luz del río de los muertos alumbrar la ruta que me conduce a los infiernos.

IFIGENIA

¿Sólo tienes a Electra por hermana?

ORESTES

No he conocido otra. La mayor cuya suerte nos pareció tan espantable, siguió su afortunado destino, alejándose temprano de las miserias de nuestra casa. Pero cesa de interrogarme y no te unas a las Furias que alegres de mi mal soplan las cenizas en el fondo de mi alma y no dejan que los últimos tizones del incendio horrible de nuestra casa se extingan serenamente en mi ánimo. Ese fuego, alumbrado ex profeso, alimentado con el azufre del infierno, ¿debe arder eternamente en mi alma, martirizándola?

IFIGENIA

Vengo a echar dulce incienso en la llama. Deja que el puro aliento de la amistad refresque el ardor que te devora. Orestes, Orestes querido, ¿no puedes escucharme? ¿El cortejo de los dioses del espanto ha secado la sangre en tus venas? ¿Un encantamiento semejante al que producía la cabeza de la horrible Gorgona, petrificó tus miembros? ¡Ah! Si la sangre materna que esparciste clama a los dioses del infierno con sordos gemidos, la palabra de bendición de una hermana inocente podría invocar sobre tí el socorro de los dioses protectores del Olimpo.

ORESTES

¿Qué palabras! ¡qué palabras! ¿Buscas mi perdida? ¿Acaso una divinidad vengativa se esconde en tí? ¿Quién eres tú, cuya voz conmueve de modo tan tremendo el corazón hasta lo hondo?

IFIGENIA

Lo hondo de tu corazón te dice, Orestes: ¡soy yo! ¡ved a Ifigenia! ¡Ifigenia vive!

ORESTES

¿Tú?

IFIGENIA

¡Hermano mío!

ORESTES

¡Huye! ¡Retírate! Te aconsejo que no toques ni la punta de mi cabello. Un fuego inextinguible mana de mí como de la vestidura nupcial de *Créuse*. ¡Déjame! Como Hércules, veo concentrarse en mí la ignominia y la muerte.

IFIGENIA

¡No, no perecerás! ¡Ah! ¡Si pudiera oírte pronunciar siquiera una palabra de paz! Aclara, por piedad, mis dudas; déjame asegurarme de una felicidad que imploré tanto tiempo... Da vueltas en mi alma un círculo de alegría y de dolor, que con sentimiento de miedo me hace huir de los extraños; pero el corazón me empuja irresistiblemente a mi hermano.

ORESTES

¿Acaso es este el templo de Baco y un transporte santo e irrefrenable se apodera de la sacerdotisa?

IFIGENIA

¡Oh! Escúchame, mírame; ve como después de tanto tiempo mi corazón se abre a la felicidad más dulce que el mundo pueda acordarme aun: la de besar tu cabeza y rodearte con mis brazos, habituados a abrazar sólo el aire. ¡Ah!, déjame hablarte, que la eterna fuente que brota del Parnaso y saltando de roca en roca va a murmurar en el valle dorado no es más pura que la alegría que brota de mi corazón y el mar de dicha que me rodea. ¡Orestes! ¡Orestes, hermano mío!

ORESTES

No me fío a tí, bella ninfa, ni a tus caricias. Diana quiere ministros austeros y venga su santuario profanado. Aleja tu brazo de mi pecho, y si anhelas salvar a un hombre joven, amarlo y ofrecerle la dicha, torna tu afición hacia mi amigo. Es más digno que yo. Trata de encontrarlo en medio de las rocas, donde vaga; muéstrale el buen camino y déjame.

IFIGENIA

Vuelve en tí hermano, y reconoce a tu hermana recordada. No reproches a una hermana la pura alegría del cielo.

como un deseo condenable. ¡Oh dioses! disipad el delirio que oscurece sus ojos y que la hora de la más grande de las dichas no nos torne triplemente infortunados! Ved a tu hermana, por tanto tiempo perdida. La diosa me arrancó del altar, dándome asilo en su propio santuario. Eres prisionero destinado al sacrificio y encuentras una hermana en la sacerdotisa.

ORESTES

¡Desdichada! El sol quiere ver las últimas calamidades de nuestra familia. ¿No se encuentra Electra aquí, para caer con nosotros en el abismo y no se prolongue su vida en destino de mayores sufrimientos? Todo va bien, sacerdotisa, y yo te sigo al atar, que el fratricidio es ya costumbre en nuestra vieja raza. ¡Os agradezco, oh dioses, que me exterminéis cuando aun no tengo descendencia! Créeme, no tomes muy a pecho el sol y los astros. ¡Ven, sígueme al sombrío imperio! Semejante a esos dragones brotados de los abismos sulfurosos que ahogan su nidada, nuestra familia se destruye a sí misma. ¡Inocente y sin hijos, desciende conmigo al abismo!... ¡Me miras con mirada enternecida!... ¡Cesa! Con ojos semejantes, Clymenestra buscaba un camino hacia el corazón de su hijo, y sin embargo el brazo, alzado ya, hirió su pecho. ¡Clymenestra cayó! ¡Apareced, espectro terrible, y vosotras, Furias, apróximaos! ¡Colocaos en círculo y asistid a este espectáculo tan deseado, el último, el más espantoso que prepararéis! ¡Que el odio y la venganza no afilen vuestros puñales! Mi hermana, plena de amor a mí, está destinada a cumplir el sacrificio. No llores, no tienes culpa. Desde mis años primeros, nunca amé a nadie tanto como pudiera amarte. Sí, toma tu espada, rompe este corazón y abre camino a los torrentes que hierven en mi pecho. (*Cae agotado*).

IFIGENIA

No puedo soportar sola esta confusión de felicidad y de tormentos. ¿Dónde estás Pylades? ¿Dónde encontraré tu ayuda, dulce amigo? (*Se aleja, buscándolo*).

ESCENA II

(ORESTES)

ORESTES (*despertándose*)

¡Aun otra, aun otra última copa de agua del Leteo, fresca fuente de consuelo! Pronto la convulsión de la vida se apartará de mi seno; pronto mi alma, abandonada al río del olvido, correrá en paz hacia vosotras, potencias de la sombra, en las tinieblas eternas. ¡Aceptad que el hijo de la tierra, que la recorre sin descanso desde hace tanto tiempo, vaya a compartir vuestro dulce reposo! Pero ¿qué murmullo oigo en el follaje? ¿qué ruido ligero brota de ese crepúsculo? ¡Ya vienen a ver al nuevo huésped! ¿Cuál es ese grupo imponente, que semeja a una familia de príncipes reunidos? Marchan en paz, viejos y jóvenes, los hombres con las mujeres. Sus nobles fisonomías, que se parecen, tienen un aire de divinidad. Sí. ¡Son los antepasados de mi familia! Atreas camina con Thyeste y, conversa familiarmente con él; sus hijos juegan en torno de ellos, riendo. ¿Ya no hay animadversión entre vosotros? ¿Se ha extinguido la venganza con la luz del sol? Si es así, yo soy bienvenido y no temo mezclarme a vuestro cortejo solemne. Saludo a mis padres: Orestes, el último hombre de vuestra raza os saluda. Lo que vosotros sembrasteis, él lo recogió y desciende a la playa de sombras cargado de maldiciones. Todo fardo se soporta aquí más fácilmente: recibme, ¡recibidme entre vosotros! Te rindo homenaje, Atreas, y también a tí Thyeste; aquí todos estamos desnudos de ira. ¡Mostradme a mi padre, que mis ojos no vieron sino una vez en la vida! ¿Eres tú padre? ¿Qué? ¿Te paseas sin desconfianza con mi madre? Si Clymenestra osa tomarte la mano, Orestes también osará acercarse a ella y decirle: ¡Ve a tu hijo! Ved a tu hijo, dadle el título de bienvenido. En la tierra fué siempre la suerte de nuestra familia ser acogida por el asesinado, y la raza del viejo Tántalo tiene sus alegrías más allá de la tumba. Habéis exclamado: ¡sea bienvenido! admitiéndome en vuestro seno. ¡Ah! conducidme a mi antepasado

Tántalo. ¿Dónde está ese viejo? Que yo lo vea, que vea esa cabeza venerable que fué admitida en el consejo de los dioses. ¡Parecéis vacilar, apartáis la mirada! ¿Qué ocurre? ¿Acaso al igual de los dioses sufre tormentos? ¡Maldición para mí! Los dioses todopoderosos han atado con la cadena de hierro de las más crueles torturas al alma de ese héroe.

ESCENA III

(ORESTES, IFIGENIA, PYLADES)

ORESTES

¿También has descendido ya a estos lugares? ¡Qué dicha para tí, hermana mía! Pero Electra nos falta aún. ¡Qué pronto nos la envíe un dios propicio, con dulce muerte! A tí, pobre amigo, debo compadecerte. Venid, venid conmigo hacia el trono de Plutón, oh invitados nuevos, para presentar el homenaje a nuestro huésped...

IFIGENIA

¡Oh, vosotros que de lo alto del cielo dejáis caer noche y día vuestra luz hermosa sobre los humanos, y no brilláis para los muertos, Diana, Apolo, salvanos! ¡Oh Diana! Tú que amas a tu gracioso hermano por encima de cuanto el cielo y la tierra puedan ofrecerte, y llena del deseo de verlo, tornas dulcemente tu mirada virginal hacia su luz eterna, no permitas que mi hermano único, que recobro después de tanto tiempo, pueda caer así en las tinieblas del vértigo; y si el deseo que tuvistes al ocultarme aquí se halla realizado ahora, si quieres prestarnos tu divino socorro, salvándome por él y salvándolo por mí, líbralo de esas cadenas malditas a fin de que no perdamos el precioso instante de la liberación.

PYLADES

¿No me reconoces? ¿No reconoces este bosque sagrado y esta luz que no brilla para los muertos? ¿No sientes la

mano de tu amigo y de tu hermana que, firme y vivo aún, te sostienen? Estréchanos en tus brazos con fuerza, que no somos fantasmas. Da oído a mis palabras y recoge tus sentidos: los momentos son preciosos y nuestro retorno depende de algunos hilos ligeros que, según me parece, torna una Parca favorable.

ORESTES (*a Ifigenia*)

Déjame, por vez primera, gozar en tus brazos una alegría pura con libre corazón. ¡Oh dioses! vosotros que camináis rodeados de rayos para romper vuestras nubes pesadas, que favorables y severos a la vez, esparcís sobre la tierra, en torrentes salvajes, la lluvia largo tiempo invocada, mezclando la voz de los truenos y el silbido de los vientos; que cambiáis en bendición la espera espantada de los mortales, y el estupor inquieto en miradas de alegría y en vivas acciones de gracia, cuando el sol, reapareciendo después de la tempestad, se refleja de mil modos en las hojas que cubren las hojas recién vivificadas, ¡oh dioses! dejádme gozar y conservar con hondo reconocimiento, en los brazos de mi hermana y en el pecho de mi amigo, la felicidad que me acordáis. La maldición se aleja de mí, dice mi corazón. Las Eumenidas retornan al Tártaro y empujan violentamente tras de sí las puertas de bronce, cuyo estrépito siento a lo lejos, como el trueno. La tierra exhala un perfume reparador y me invita a buscar en sus llanuras la alegría de vivir y las grandes acciones.

PYLADES

No perdáis un momento, que están contados. Que el viento al hinchar nuestras velas, llève nuestros primeros gritos de alegría al Olimpo. Venid. Es necesario tener prontitud en el consejo y rapidez en la resolución.

TELON

ACTO CUARTO

(Decoración de los actos anteriores)

ESCENA I

(IFIGENIA)

IFIGENIA *(sola)*

Cuando los dioses destinan a un hijo de la tierra una cadena de sufrimientos, que le preparan terrible pasaje de la alegría al dolor y del dolor a la alegría, hacen surgir para él, en su patria o sobre alguna playa lejana, algún amigo apacible que va a socorrerlo en las horas de pena. ¡Oh dioses! Bendecid a nuestro Pylades en todas sus empresas. Tiene el brazo juvenil en los combates y el ojo penetrante de la experiencia en el consejo, pues su alma serena conserva el santo e inagotable tesoro del reposo y ofrenda consejo y socorro a los infortunados para sacarlos del abismo. El me arrancó a mi hermano, que contemplaba con creciente estupor, sin poder contener mi dicha, reteniéndolo en mis brazos sin pensar en el riesgo que nos rodea. Ambos, para ejecutar sus proyectos, se dirigen hacia el mar, en busca de su barca, escondida en una bahía, donde sus compañeros esperan la señal. Me

sugirieron las discretas respuestas que debo dar al rey, si manda con mayor exigencia que se efectúe el sacrificio. ¡Ah! bien veo que debo dejarme conducir como un niño, porque nunca aprendí a esconder mi pensamiento ni a obtener cosa alguna por la astucia. ¡Maldita, oh, maldita sea la mentira! No consuela el corazón como una palabra dicha con verdad; atormenta, por el contrario, a aquél que la forja en secreto, y es semejante a un dardo que, detenido por un dios, se retorna y golpea a quien lo lanza. Mil preocupaciones tienen mi alma en suspenso. Las Furias, de nuevo, van a apoderarse de mi hermano en la parte de la playa que no es sagrada. Acaso lo descubran. Parece que siento aproximarse a gentes armadas. ¡Ahí vienen! Un mensajero llega de parte del rey. Mi corazón palpita, mi alma se turba ante el hombre que debo acoger con palabras mentidas...

ESCENA II

(*IFIGENIA, ARCAS*)

ARCAS

Apresura el sacrificio, sacerdotisa. El rey aguarda y el pueblo se impacienta.

IFIGENIA

Un obstáculo inesperado se interpone entre la ejecución de esa orden y yo.

ARCAS

¿Qué obstáculo puede oponerse a la voluntad del rey?

IFIGENIA

El azar, del que no somos dueños.

ARCAS

Díme de qué se trata, a fin de que lo comunique cuanto antes al rey, porque la muerte de esos dos extranjeros es cosa resuelta.

IFIGENIA

Los dioses no la han resuelto aún. El mayor de esos dos hombres es culpable de haber derramado la sangre de un pariente y las Furias siguen sus pasos. Su rabia se ha apoderado de él en el interior de este templo y su presencia profanó el recinto. Voy, ahora, a dirigirme de prisa a orillas del mar, acompañada de mis vírgenes, para sumergir la estatua de la diosa en agua limpia y purificarla en secreto. Que nadie detenga mis pasos.

ARCAS

Voy a prevenir al rey de este nuevo inconveniente; no inicies tu piadosa tarea antes de que él lo permita.

IFIGENIA

Ese cuidado sólo incumbe a la sacerdotisa.

ARCAS

También el rey debe conocer una circunstancia tan singular.

IFIGENIA

Ni su consejo ni su orden cambiarían nada.

ARCAS

A menudo se consulta a los poderosos por mera apariencia.

IFIGENIA

No insistas en aquello que tendría que negarte.

ARCAS

No rehuses lo que es bueno y útil.

IFIGENIA

Consiento si no tardas.

ARCAS

Pronto habré llevado la nueva y estaré de retorno con la respuesta. ¡Ah, si pudiera llevar al rey un mensaje que pusiera fin a la turbación y a las inquietudes que nos atormentan! Porque tu no has hecho caso de mi consejo fiel.

IFIGENIA

Lo que podía hacer, con agrado lo he hecho.

ARCAS

Aun es tiempo de cambiar de opinión.

IFIGENIA

Ya no está en nuestro poder hacerlo.

ARCAS

Juzgas imposible aquello que te cuesta un poco.

IFIGENIA

Te parece posible porque tus deseos te engañan.

ARCAS

¿Quiéres arriesgarlo todo con tanta indiferencia?

IFIGENIA

Todo lo puse en mano de los dioses.

ARCAS

Ellos acostumbran salvar a los hombres por medios humanos.

IFIGENIA

De un gesto suyo depende todo.

ARCAS

Te lo repito: todo depende de tí. La ira del rey prepara a esos extranjeros una amarga muerte. Hace tiempo que el ejército se había desacostumbrado a esos crueles sacrificios y a ese culto sangriento. Muchos viajeros, conducidos a estas playas por un destino adverso, recibieron de nosotros benévola acogida, gozo tan dulce como una mirada de los dioses para el errabundo sin ventura abandonado en tierra de exilio. ¡Ah, no rehuyas el bien que puedes hacernos! Fácilmente podrías dar término a lo que comenzarás, que la luz que desciende del cielo bajo figura humana, no funda su imperio, en parte alguna, con mayor rapidéz que ahí donde un pueblo nuevo, salvaje y grosero, pleno de vida, de valentía y de fuerza, entregado a sí mismo y a sus inquietos presentimientos, lleva con pena el pesado fardo de la existencia.

IFIGENIA

No frates de quebrantar mi alma, que no puedes conmover a tu capricho.

ARCAS

Cuando aun es tiempo no se omite ningún esfuerzo y no hay temor de repetir un buen consejo.

IFIGENIA

Te cansas y me causas pena, todo en vano. Da término, mejor, a tus discursos.

ARCAS

A esa pena tuya invoco en ayuda mía, porque es amiga de buen aconsejar.

IFIGENIA

Se apodera ella con fuerza de mi alma, pero no puede acabar mi repugnancia.

ARCAS

¿Cómo puede una alma hermosa sentir repugnancia por una buena acción que le ofrece un hombre generoso?

IFIGENIA

Si, cuando ese hombre generoso, como cosa imposible, en vez de mis acciones de gracias me desea a mí.

ARCAS

Nunca le faltan excusas a quien no siente inclinación por algo. Referiré al príncipe lo que ha ocurrido. ¡Pueda tu alma recordar con qué nobleza ha procedido contigo desde el día de tu llegada!

ESCENA III

(IFIGENIA)

IFIGENIA (*sola*)

Las palabras de este hombre han turbado mi corazón cuando necesitaba más calma. Tiemblo... Porque lo mismo que la ola que se hincha con rapidez va a bañar las rocas esparcidas en la arena; un torrente de alegría inundaba mi alma. Tenía lo imposible entre mis brazos y me parecía que una dulce nube me rodeaba, levantándose de la tierra, y me acunaba como en el momento en que la diosa me acogiera con su brazo libertador. El corazón se abría con fuerza singular a mi hermano; sólo oía los consejos de su amigo; sólo a salvarlo aspiraba mi alma; y como el piloto que vuelve la espalda a los escollos de una isla desierta, dejaba tras de mí la Taurida. Me ha despertado la voz de ese hombre fiel, recordándome que abandono a otros hombres en este lugar. La impostura se me torna doblemente odiosa... ¡Cálmate alma mía! ¿Acaso vacilas ya? ¿Te arrancaron de la tierra firme en que languidecías en soledad? A las olas te devuelven, ellas te cogen y te agitan y en la inquietud y turbación que te envuelven desconoces al mundo en tí misma.

ESCENA IV

(IFIGENIA, PYLADES)

PYLADES

¿Dónde está? Quiero apresurarme a comunicarle la noticia de nuestra liberación.

IFIGENIA

Estoy en la espera inquieta del consuelo que me prometes.

PYLADES

¡Se ha salvado tu hermano! Escucha... Recorriamos en alegre charla la parte de la playa que no es sagrada; habíamos dejado atrás, sin pensarlo, el bosque de la diosa; y sin embargo la llama hermosa de la juventud envolvía con majestad la cabeza y el cabello ondeado de Orestes. Sus ojos brillaban de valor y esperanza, y su corazón, libre ya, se entregó por entero a la alegría y al placer de salvarnos, a tí, su libertadora, y a mí, su amigo.

IFIGENIA

¡Bendito seas! ¡Que tus labios que pronuncian tan dulces palabras nunca dejen escapar los acentos del dolor!

PYLADES

Más que eso traigo; pues la dicha, semejante a un príncipe, se aproxima siempre con escolta hermosa. Encontramos a nuestros compañeros, que tenían escondida la barca en una bahía rocosa y sentados tristemente aguardaban a tu hermano. En cuanto le vieron, saltaron con grito jubiloso y ahora apresuran el instante de la partida. Cada brazo anhela coger el remo, y una brisa fresca que viene de la costa hincha las velas. Apresurémonos... Conduceme al templo; déjame penetrar en el santuario; déjame tomar posesión respetuosa del objeto de nuestros votos. Yo puedo, sin ayuda, llevar sobre mi espalda vigorosa la estatua de la divinidad. ¡Cuánto anhelo ese deseado fardo! *(Al pronunciar estas últimas palabras, se aproxima al templo, sin advertir que Ifigenia no lo sigue; al cabo, tornándose a ella).* Te detienes y vacilas... ¡Habla!... Mas, te callas y pareces turbada... ¿Acaso una nueva desgracia se opone a nuestra felicidad? ¡Habla! ¿Has hecho comunicar al rey las prudentes palabras convenidas?

IFIGENIA

Sí, Pylades querido; sin embargo vas a vituperarme y tu mirada contiene ya un reproche mudo. Vino a mi encuentro

el enviado del rey; mi boca le repitió lo que me habías enseñado. Pareció asombrarse y luego quiso anunciar al rey esta ceremonia extraordinaria y conocer su voluntad. Aguardo su regreso.

PYLADES

¡Ay de nosotros! El peligro planea de nuevo sobre nuestras cabezas. ¿Por qué no te sostuviste con prudencia en tus privilegios de sacerdotisa?

IFIGENIA

Nunca los puse al servicio de ningún disfraz.

PYLADES

Así, corazón cándido, vas a perdernos a todos. ¡Cómo no preví el caso! ¡Cómo no te aconsejé el modo de eludirlo!

IFIGENIA

No culpes más que a mí: sé que soy responsable, pero no podía proceder en otra forma con el hombre que me pedía lo que mi corazón reconocía como justo.

PYLADES

Aumenta el peligro. Sin embargo es preciso que no nos dejemos abatir ni nos traicionemos por imprudencia o precipitación. Aguarda con serenidad el regreso del mensajero y muéstrate firme en tu resolución, cualquiera que sea su informe; porque corresponde al ministerio de la sacerdotisa, y no al rey, ordenar esa ceremonia. Si solicita ver al extranjero atormentado por vértigo tan cruel, disuádelo y dile que nos tienes a ambos encerrados en el templo. Procuráranos así los medios de huir con rapidez, despojando de un tesoro sa-

grado a este pueblo indigno de poseerlo. Apolo nos envía los mejores presagios y antes de que llenemos los piadosos deberes que quiso imponernos, cumple su divina promesa. ¡Orestes está sano y libre! . . . ¡Vientos favorables, condúcenos con él, más allá de los mares, a la isla rodeada de rocas en que habita el dios, y enseguida a Mycenas! ¡Que esa ciudad torne a vivir; que de las cenizas del hogar extinguido los dioses domésticos se alcen alegres y un brillante fuego ilumine sus moradas! Tu mano, Ifigenia, con una copa de oro, debe esparcir el primer incienso. Tú llevarás la salud y la dicha a sus umbrales, tú arrojarás la maldición y adornarás de nuevo a los tuyos con las flores de la vida.

IFIGENIA

Cuando te oigo, amigo querido, como la flor que se vuelve hacia el sol, mi alma, herida por los rayos de tus palabras, se torna a la dulce esperanza. ¡Cuán deliciosas son las palabras reanimadoras de un amigo! Privado de esta divina fuerza, languidece en silencio aquel que se halla solo, porque el pensamiento y la resolución encerradas en su corazón maduran con lentitud, en tanto que la presencia de un amigo las desarrolla con rapidez.

PYLADES

Adiós. Voy a tranquilizar a nuestros amigos que me aguardan con viva impaciencia. Volveré enseguida y escondido en un matorral, entre esas rocas, esperaré una señal tuya. ¿En qué piensas? De súbito la nube del dolor ha oscurecido tu frente pura.

IFIGENIA

¡Perdóname! Así como vapores ligeros pasan ante el sol, pasan por mi alma ligeras preocupaciones, una vaga inquietud.

PYLADES

¡Nada temas! El temor se une al peligro en pérvida alianza; ambos son compañeros.

IFIGENIA

Es noble la inquietud que me advierte que no debo engañar, ni despojar al rey, que es como un segundo padre.

PYLADES

Huye de quien desea inmolar a tu hermano.

IFIGENIA

El mismo es que me hizo bien.

PYLADES

Lo que la necesidad exige no es ingratitud.

IFIGENIA

Siempre es ingratitud, sólo que la necesidad la excusa.

PYLADES

Ella te excusará ciertamente a los ojos de los dioses y de los hombres.

IFIGENIA

Mi propio corazón no está satisfecho.

PYLADES

Mucho escrúpulo es orgullo disimulado.

IFIGENIA

No examino; siento.

PYLADES

Si bien te sientes, no dejarás de estimarte.

IFIGENIA

Sí, pero el corazón sólo se halla contento cuando está sin tacha.

PYLADES

Sin duda te has conservado así en el templo; pero la vida nos enseña a ser menos severos con nosotros mismos y con los demás. El hombre está hecho de modo tan singular, su alma tiene tantos pliegues y repliegues, que nadie puede permanecer puro y exento de reproche consigo mismo y con los demás. No somos, pues, competentes para juzgarnos a nosotros mismos. Caminar y mirar con cuidado su camino, he ahí el primero y el más esencial de los deberes del hombre; porque rara vez aprecia bien lo que ha hecho, y lo que hace, casi nunca sabe apreciarlo.

IFIGENIA

¡Acabas casi por persuadirme!

PYLADES

¿Hay necesidad de persuasión donde está prohibido escoger? Para salvar a tu hermano, a tí y al amigo, no hay sino un camino. ¿Es menester preguntar si lo seguiremos?

IFIGENIA

¡Ah! Déjame vacilar, porque tú mismo no harías con sangre fría semejante injusticia a un hombre al que estuvieras ligado por sus beneficios.

PYLADES

Si perecemos, experimentarás remordimientos más crueles, que te conducirán a la desesperación. Veo que no estás acostumbrada a los reveses, pues que para escapar a una gran desgracia no quieres hacer ni siquiera el sacrificio de una palabra que sea contraria a la verdad.

IFIGENIA

¡Si pudiera llevar en mi pecho un corazón de hombre, que se cierre a toda otra voz cuando se trata de un proyecto audaz!

PYLADES

En vano te detienes: la mano de hierro de la Necesidad lo manda, y su voluntad severa es la más alta ley, a la cual los dioses mismos se ven forzados a someterse. Esa hermana del eterno destino reina silenciosa e inaccesible a los consejos. Lo que ella te impone, sopórtalo; haz lo que ella exige. Lo demás tú lo sabes. Pronto volveré para recibir de tu santa mano el sello precioso de la liberación.

ESCENA V

(IFIGENIA)

IFIGENIA (*sola*)

Es preciso obedecerle, porque veo a los míos en tremendo peligro. Sin embargo, ¡ay! mi propio destino me torna más y más inquieta. ¿Debo abandonar la dulce esperanza que alimentaba en esta soledad? ¿Debe durar eternamente esta maldición? ¿Jamás deberá alzarse mi raza con nueva prosperidad? ¡Todo termina, sin embargo! La felicidad más completa, la más hermosa fortuna, se cansan al fin. ¿Por

qué no ha de ocurrir lo mismo con la maldición? ¿Ha sido en vano, entonces, que preservada del cruel destino de mi casa, esperara aquí el día en que pudiera, con la mano y el corazón sin tacha, ir a purificar el palacio profano de mis padres? Apenas mi hermano, súbitamente y como por milagro, se ve libre en mis brazos de los furores que lo agitaban; apenas un barco largamente aguardado se aproxima para conducirme al puerto de la patria, cuando la sorda Necesidad me impone con su mano de bronce un doble crimen: me obliga a robar la imagen santa y respetable de la diosa, confiada a mis cuidados, y quiere que engañe a un hombre al que debo la vida y la suerte. ¡Ah, guardaos corazón mío de rebelarte contra los dioses! ¡Dueños del Olimpo, haced que el odio profundo que animaba contra vosotros a los Titanes, esos dioses antiguos, no coja con sus garras de ave de presa a esta débil creatura! ¡Salvadme y salvad vuestra imagen en mi alma!... Una antigua canción resuena en mis oídos... La había olvidado y me regocijaba... Es la canción de las Parcas, la que cantaron temblorosas cuando Tántalo cayó de su silla de oro. Ellas compadecieron los males de ese noble amigo; su corazón estaba furioso y era terrible su himno. En nuestra niñez la nodriza lo enseñaba a mis hermanos y a mí, y yo lo grabé en mi memoria.

«Teme a los dioses,—raza mortal,—tienen ellos el poder—en sus manos eternas:—y pueden emplearlo—como les plazca.

Que aquel los tema doblemente—que lo eleva a ellos.— Sobre las nubes y las rocas—están preparadas las sillas—y las mesas de oro.

Una disputa se alza,—los invitados se hunden,—malditos e infamados,—en las profundidades de la noche—y reclaman en vano—de lo hondo de las tinieblas—justicia de la justicia.

Pero ellos permanecen—en eternas fiestas—ante las mesas de oro.—Van de montaña en montaña.—De la entrada del abismo—sube hasta ellos el aliento—de Titanes derrotados, semejante al incienso—o a una nube ligera.

Los todopoderosos desvían—sus ojos que bendicen—de
toda esa raza,—y evitan, en el nieto,—de ver del abuelo—los
rasgos importunos—amados otrora.

Así cantaban las Parcas.—El desterrado oye,—del fondo
de la sombría caverna,—el canto de las viejas,—piensa en
sus hijos, en sus nietos,—y sacude la cabeza.»

TELON

ACTO QUINTO

(Decoración de los actos anteriores)

ESCENA I

(THOAS, ARCAS)

ARCAS

Lo confieso, en la turbación de mi alma no sabía en verdad a donde dirigir mis sospechas. ¿Son los prisioneros quienes secretamente forjan proyectos de fuga? Se esparce la voz de que permanece oculta en una bahía la barca que los trajera y el delirio de ese hombre, esa ceremonia expiatoria, el pretexto religioso del retardo, provocan aun la sospecha y las medidas previsoras.

THOAS

Que venga pronto la sacerdotisa. Id enseguida, recorred la playa con precaución y rapidez, desde el promontorio hasta el bosque de la diosa. Respetad en él las religiosas honduras, tended hábilmente una emboscada de manera de apoderaros de ellos; y en donde los encontréis, cogedlos.

ESCENA II

(THOAS)

THOAS. *(solo)*

Una cólera terrible se enciende en mi pecho y va contra ella en primer término; contra ella, a quien creía tan pura, y contra mí, que con mi indulgencia y bondad la preparaba a la traición. El hombre se habitúa fácilmente a la esclavitud y sin pena aprende a obedecer cuando lo privan de toda libertad. Si Ifigenia hubiera caído entre las manos salvajes de mis antepasados y la ira del cielo la hubiera respetado, satisfecha se sentiría de salvarse ella sola, y, agradecida, hubiera derramado la sangre extranjera ante el altar, llamando deber lo que era necesidad. Mi bondad hace nacer hoy en su pecho un voto temerario. En vano esperaba atraerla, pues ella no piensa sino en asegurarse un destino independiente del mío. Sus adulos ganaron mi corazón y ahora que la resisto, piensa, con astucia y engaño, abrirse camino para huirme, y mi bondad no es a sus ojos más que algo despreciable y caduco.

ESCENA III

(IFIGENIA, THOAS)

IFIGENIA

¡Me llamas! ¿Qué te trae a nosotras?

THOAS

Diferes el sacrificio. Díme por qué motivo.

IFIGENIA

Todo lo expliqué claramente a Arcas.

THOAS

Debo saberlo de tu boca, con mayor detalle.

IFIGENIA

La diosa te dió un plazo para reflexionar.

THOAS

Ese plazo parece serte favorable.

IFIGENIA

Si se obstina tu corazón en una resolución cruel, no era necesario que vinieras. Un rey que quiere cometer algún acto inhumano encuentra agentes que, por favores o salario, se apresuran a compartir la maldición vinculada al crimen, y el rey no se compromete con su presencia. Medita la muerte en la espesa nube en que resides, y sus enviados descienden hasta las víctimas para traer el rayo sobre sus cabezas. El príncipe, apacible en su alto sitio, continúa en la tempestad planeando sobre sus súbditos, como una divinidad inaccesible.

THOAS

Tus santos labios hablan un lenguaje harto audaz.

IFIGENIA

No es la sacerdotisa la que habla; es la hija de Agamenón. ¿Tú honraste la palabra de una desconocida y quieres mandar sin consideración a la princesa? Desde la infancia aprendí a obedecer, primero a mis padres, enseguida a una divinidad; y a pesar de esta obediencia siempre sentí mi alma libre. Pero resignarme a la orden cruel, a la sentencia bárbara de un hombre, no lo he aprendido allá ni aquí.

THOAS

Es una antigua ley y no yo, quien te ordena actuar.

IFIGENIA

Nos acogemos con avidez a las leyes que sirven de arma a nuestras pasiones. Otra ley más antigua me prohíbe obederte, una ley para la cual todo extranjero es sagrado.

THOAS

Parece que tienes a los prisioneros en tu corazón, pues el interés que demuestras y tu ternura por ellos te hacen olvidar la primera ley de la prudencia, que es la de no irritar a un hombre poderoso.

IFIGENIA

Que yo hable o no, te es fácil conocer aquello que ha de permanecer inmutable en mi corazón. ¿El más endurecido no se ablandaría con las desventuras que sufriera? ¿Cómo el mío podría permanecer insensible? Me veo en esas dos víctimas... Yo también temblé, de rodillas, ante el altar; sobre mí planeaba una muerte prematura; y ya se alzaba el cuchillo para atravesar mi pecho pleno de vida; se helaba mi alma en extravío, mi mirada se velaba... cuando de pronto me ví liberada. ¿Hay culpa, acaso, en no devolver a las gentes en desventura los beneficios que del cielo se recibieron? ¿Tú lo sabes, me conoces y quieres forzarme!

THOAS

¡Obedece a tu deber, no a un amor!

IFIGENIA

¡Detente! Y no cubras de exterioridades hermosas tu poder, que se burla de la debilidad de una mujer. Tan libre

como un hombre nació. Si el hijo de Agamenón estuviera ante tí y tú exigieras una injusticia, también tiene él una espada y un brazo para sostener sus derechos. No tengo yo sino palabras y el hombre generoso debe prestar atención á las palabras de una mujer.

THOAS

Más caso hago de ellas que de la espada de un hermano.

IFIGENIA

La suerte de las armas es incierta. El hombre prudente no menosprecia a ningún enemigo, porque la naturaleza no ha dejado al débil sin socorro contra el orgullo y la fuerza. Ella le inspiró el arte de la astucia; ella le enseña mil expedientes. Cede el débil, difiere, torna... En verdad el poderoso merece que se empleen en su contra todas las armas.

THOAS

Una sabia prudencia puede oponerse a la astucia.

IFIGENIA

Una alma pura no tiene necesidad.

THOAS

No pronuncies con ligereza tu propia condenación.

IFIGENIA

¡Ah! ¡Si vieras cómo lucha mi alma por rechazar las embestidas de un genio malo que desea dominarla! No tengo aquí arma ninguna que oponerte. Rechazas la dulce súplica, ese ramo gracioso, más fuerte que el acero en manos de una mujer. ¿Qué me queda para defenderme? ¿He de implorar

un milagro de la diosa? ¿No hay fuerza alguna en el fondo de mi alma?

THOAS

La suerte de los dos extranjeros parece causarte viva inquietud. ¡Dí quiénes son aquellos por los cuales tu espíritu se interesa con tanto celo!

IFIGENIA

Son... según creo... griegos.

THOAS

¡Compatriotas! Y sin duda han resucitado en tí la idea halagadora del retorno.

IFIGENIA *(después de un instante de silencio)*

¿Tiene acaso el hombre privilegio exclusivo para las acciones extraordinarias? ¿Sólo en él puede hallarse un corazón heroico y sublime, capaz de lo imposible? ¿Qué hechos suyos, cuya narración mil veces repetida levanta el alma y siempre la conmueve, pueden mencionarse fuera de aquellos con gran valentía emprendidos y coronados por éxito inverosímil? El hombre que en la noche sorprende al ejército enemigo y solo, semejante a una llama devoradora e inesperada, alcanza a los que duermen y a los que se despiertan, y rechazado al fin por los guerreros que sacudieron su sueño, retorna cargado de botín en los caballos que tomara, ¿será el único ser digno de elogio? ¿No elogiarán sino a aquel que desdeñando los caminos seguros, recorre las montañas y los bosques para purgar a una región de los bandidos que la infecten? ¿Nada nos queda a nosotras? ¿Es necesario que una mujer débil, despojándose de los atributos de su sexo, oponga la rudeza a la rudeza, y os arrebathe, como hacen las Amazonas, el derecho de llevar la espada, y vengue con sangre la opresión? Una

empresa audaz agita mi alma; no escaparé a los reproches vivos ni a los mayores infortunios si no me resulta. ¡En mi pecho la deposito, dioses inmortales! Si sois amigos de la verdad, como os hacen honra de serlo, probadlo prestándome vuestro apoyo y rindiendo homenaje a la verdad en mi persona... ¡Sí, sabe, oh rey, que un secreto artificio ha sido preparado: en vano llamas a los prisioneros, que no están ya aquí; a la busca van de otros amigos que les aguardan en la playa con una barca. El mayor, que las Furias atormentaron en estos lugares, es Orestes, mi hermano, y el otro es su compañero, su amigo de infancia, llamado Pylades. Apolo los envió de Delfos hacia esta orilla con la orden divina de apoderarse de la imagen de Diana y de llevarle su hermana. En recompensa, Apolo promete la liberación al culpable perseguido por las Furias, que derramara la sangre materna. ¡Hemos aquí a ambos entregados a tí! Entre tus manos acabo de poner los restos de la familia de Tántalo... Decreta nuestra pérdida si lo crees necesario.

THOAS

¿Piensas que el Escyta salvaje, que el bárbaro, escuchará la voz de la verdad y de la humanidad, que no oyó el Griego Atrias?

IFIGENIA

Todo hombre la escucha, bajo cualquier cielo en que haya nacido, cuando la fuente de la vida corre pura en su pecho... ¡Guardas silencio, oh rey! ¿Qué preparas en el fondo de tu alma? ¿Acaso la muerte? Golpéame primero a mí, porque ahora que no nos queda modo alguno de liberarnos, siento el espantoso peligro en que he puesto por mi precipitación a los seres que amo. ¡Ah!... ¡Los veré encadenados ante mí! ¿Cómo podré darle el adiós postrero al hermano por mí asesinado? ¡Nó, no me será posible sostener sus miradas tan amadas!

THOAS

¡Pícaros! Tejieron una fábula adecuada a la credulidad de una mujer que vive encerrada desde hace tiempo en este templo, dispuesta a creer cuanto quisieran contarle, ¡y en trama tan mentirosa han envuelto su espíritu!

IFIGENIA

¡No, no, oh rey! Se podría, es cierto, engañarme; pero en esos dos prisioneros brilla la verdad y la sinceridad. Si descubres lo contrario, hazlos perecer y arrójame de aquí; en castigo de mi locura destiérrame a la triste playa de una isla desierta, erizada de rocas. Pero, si ese hombre es mi hermano bien amado, que mi alma llama desde hace tanto tiempo, devuélvenos la libertad, sé tan bondadoso con el hermano y la hermana juntos como lo fuiste con la hermana sola. Mi padre cayó a los golpes de su mujer, y ésta a los de su hijo. La última esperanza de la raza de Atrias descansa únicamente sobre él. Déjame, con la mano y el corazón puros, retornar a mi patria, más allá de los mares, y lavar nuestra casa de los crímenes que la mancharon. ¡Cúmpleme tu palabra! Juraste que si alguna vez el regreso a los míos era posible, me dejarías partir, y hoy es posible el regreso... Un rey no hace promesas, como el resto de los hombres, para alejar un momento al suplicante: promete aun para los casos desesperados; y sólo siente toda la alteza de su dignidad cuando puede hacer la dicha de quienes le imploran.

THOAS

Como el fuego se defiende contra el agua y trata, echando espuma, de destruir a su enemigo, así la cólera lucha en mi corazón contra tus palabras.

IFIGENIA

¡Deja que tu clemencia, semejante a la santa llama de los sacrificios, envuelva mi corazón, pleno de elogios y de gratitud!

THOAS

¡Cuán a menudo me apaciguó tu voz!

IFIGENIA

¡Ah! Tiéndeme la mano en señal de paz.

THOAS

Mucho pides en poco tiempo.

IFIGENIA

Para hacer el bien no es menester deliberar.

THOAS

Es menester, creo, porque al bien sigue el mal.

IFIGENIA

La duda estropea el bien. No vaciles. Obedece los impulsos de tu corazón.

ESCENA IV

(DICHOS, ORESTES)

ORESTES (*armado y sin ver a los otros*)

¡Redoblad vuestros esfuerzos! ¡Retenedlos! ¡Algunos instantes más aún! No cedáis a la muchedumbre, asegurándonos a mi hermana y a mí el camino que conduce a la barca. (*A Ifigenia, sin ver al rey*). Ven, nos han traicionado y nos queda poco tiempo para huir. ¡Ven pronto! (*Percibe al rey*).

THOAS (*Llevando una mano a su espada*)

Nadie, impunemente, llega con la espada desnuda a mi presencia.

IFIGENIA

No profanes la morada de la diosa con el furor y el crimen. Ordenad a vuestros soldados que permanezcan en paz. ¡Escúchad a una sacerdotisa, a una hermana!

ORESTES

Díme quién es el que así nos amenaza.

IFIGENIA

Respeto en él al rey que fué mi segundo padre. Perdóname, Orestes, pero mi corazón filial colocó en sus manos nuestro destino. Confesé vuestra estratagema, librando mi alma del peso de una traición.

ORESTES

¿Quiere asegurarnos un regreso apacible?

IFIGENIA

Tu espada llameante impide que te responda.

ORESTES (*metiendo su espada en el forro*)

¡Habla! Ya ves cómo obedezco a tus palabras.

ESCENA V

(DICHOS, PYLADES; LUEGO ARCAS)

(*Pylades y Arcas tienen la espada desnuda*)

PYLADES

No tardéis; nuestros amigos reúnen sus últimas fuerzas y van a replegarse lentamente hacia el mar. ¿Pero qué reunión de príncipes encuentro? ¡He ahí la augusta persona del rey!

ARCAS

Permaneces sereno ante tus enemigos, como te corresponde, ¡oh rey! La temeridad se ve castigada: sus partidarios ceden y caen y es nuestra la barca que trajeron. Una palabra de tu boca y estallará en llamas.

THOAS

Anda y ordena a mi pueblo que se detenga; respetad al enemigo mientras dura nuestra entrevista. (*Sale Arcas*).

ORESTES

Acepto. Anda, fiel amigo; reúne al resto de nuestros compañeros y esperad en paz la solución que los dioses preparan a nuestros actos. (*Sale Pylades*).

ESCENA VI

(IFIGENIA, THOAS, ORESTES)

IFIGENIA

Antes que yo hable, libera mi alma de la preocupación que la turba. Temo una querrela fatal si no escuchas, ¡oh

rey! la dulce voz de la equidad y si tú, hermano mío, no quieres dominar los ímpetus de tu juventud.

THOAS

Retengo mi cólera, como corresponde a quien tiene más edad. Respóndeme: ¿cómo probarás tú que eres hijo de Agamenón y hermano de la sacerdotisa?

ORESTES

He aquí la espada con que combatió a los bravos defensores de Troya. Yo la arrebaté a su asesino y supliqué a los dioses me concedieran el coraje, el brazo y el valor del gran rey, con una muerte más hermosa que la suya. Elige entre los jefes de tu ejército y oponme el más valiente. Por doquiera la tierra alimenta hijos de héroes, esta petición es acordada a todo extranjero.

THOAS

Las antiguas costumbres nunca dieron aquí, al extranjero, una prerrogativa semejante.

ORESTES

Pues bien, tú y yo fundaremos esta costumbre nueva. Un pueblo sigue el ejemplo de sus jefes y da fuerza de ley a sus nobles acciones. Perdona, también, que no defienda sólo nuestra libertad; déjame, como extranjero, combatir por todos los extranjeros. Si sucumbo, su sentencia queda pronunciada en los míos; pero, si tengo la fortuna de triunfar, que nadie aborde estas playas sin encontrar el apoyo de una amistad benévola.

THOAS

No me pareces indigno, joven, de los abuelos de cuya ascendencia te honras. Es grande el número de los bravos e

intrépidos guerreros que me rodean. A mi edad, sin embargo, resisto yo mismo al enemigo y estoy pronto a correr contigo la suerte de las armas.

IFIGENIA

Nó, nó; no hay necesidad de esta prueba sangrienta, ¡oh rey! ¡Que no se armen con la espada vuestras manos! Pensad en mí y en mi suerte. Sé bien que los combates funestos immortalizan a los hombres, y aun cuando caen, los cantos celebran su gloria. Pero el llanto inagotable de quienes les sobreviven, el dolor de la mujer abandonada, la posteridad no los cuenta, y el poeta nada dice de los días y las noches de lágrimas, durante las cuales las almas sensibles se agotan y acaban, llamando en vano al amigo que la muerte arrebatara. A mí misma un secreto temor me ha mantenido en guardia contra la acechanza de algún malvado que pudiera arrancarme a la seguridad de este refugio, para reducirme con traición a la esclavitud. Pero yo interrogué con cautela a estos extranjeros, me informé de cada circunstancia, exigí signos evidentes, y ahora ya no duda mi corazón. Ved aquí, en su mano derecha, esta marca que parece representar tres estrellas: apareció el día de su nacimiento y de ella presagió el sacerdote que esta mano debía dar un golpe grande. Lo que me persuade enseguida doblemente es esa cicatriz que le parte las cejas ahí. Era niño todavía cuando Electra, con su vivacidad y negligencia habituales, lo dejó caer de sus brazos y él se golpeó la cabeza contra un trípode... ¡Es él!... Si preciso fuera, te citaré en testimonio el parecido con mi padre... ¿Y el grito de alegría que resuena en mi corazón?

THOAS

Aun cuando tus palabras hubieran apartado toda duda y domado la cólera en mi pecho, siempre sería menester que las armas decidieran entre nosotros. No veo paz posible. Vinieron ellos—tú lo reconoces—para arrebatarme la imagen sagrada de la diosa. ¿Creéis que puedo considerar con san-

gre fría ese delito? A menudo el Griego torna sus ojos ávidos hacia los tesoros lejanos de los bárbaros, su toison de oro, sus caballos, sus hijas hermosas: pero no siempre la fuerza y la astucia los condujeron con felicidad a la patria, llevando los bienes conquistados.

ORESTES

¡Oh rey! La imagen sagrada no debe ser motivo de discordia entre nosotros. Ahora nos damos cuenta del error con que un dios había envuelto nuestro espíritu como en un velo, cuando nos ordenó que dirigiéramos nuestros pasos hacia este sitio. Yo suplicaba sus consejos y la liberación de las Furias, que me perseguían. «Si traes a Grecia, me dijo, la «hermana» que contra su voluntad permanece en el santuario de la playa de Taurida, la maldición cesará.» Creímos que esas palabras podrían aplicarse a la hermana de Apolo, ¡y era «ella» la designada! Los lazos funestos se han roto y tú serás devuelta a los tuyos, santa sacerdotisa... Desde que me tocaste, me ví curado; en tus brazos el mal me cogió por la vez postrera con toda su garra de tormentos, sacudiéndome hasta la médula de los huesos: enseguida, como serpiente, huyó a su caverna. Gracias a tí, comienzo de nuevo a gozar la dulce luz del día. El designio de la diosa se muestra a mí en toda su grandeza y hermosura. Como una estatua sagrada a la que vinculara el destino del Estado por secreta orden de los dioses, ella te arrebató a tí, que eres el apoyo de mi casa, y te conservó en santo retiro para la felicidad de tu hermano y de los tuyos. Cuando toda esperanza de salvación parecía perdida sobre la tierra, tú nos lo retornas todo... ¡Oh rey! que tu alma se deje llevar a sentimientos de paz... No impidas que Ifigenia cumpla ahora la consagración de la casa paterna, que me vuelva a mi palacio purificado y en mi cabeza coloque la antigua corona. En reconocimiento a los bienes que ella te trajo, déjame gozar de mis derechos. Fuerza y astucia, las dos fuentes de gloria de los hombres, ceden a la veracidad de esta alma grande y la confianza pura y tierna

en la generosidad de un hombre noble no quedará sin recompensa.

IFIGENIA

Piensa en tu promesa y déjate conmover por este discurso salido de una boca leal y sincera. No tienes a menudo ocasiones de proceder tan noblemente. No puedes rehusarnos este beneficio. ¡Acuérdalo sin vacilar!

THOAS

Y bien, ¡partid!

IFIGENIA

¡No así, rey mío! No te dejaré descontento y sin recibir tu bendición. ¡No nos destierres! Que un derecho de amistosa hospitalidad reine entre nosotros y así no nos separaremos para siempre. Tú me eres querido como lo fuera mi padre y esta impresión no se borrará de mi alma. Si el último de tus súbditos trae a mis oídos el acento que me acostumbré a escuchar entre ustedes, si veo a un desdichado llevar el traje de este país, he de acogerlo como un dios, he de prepararle yo misma su lecho, he de darle sitio junto al fuego del hogar, interrogándole sobre tí y tu suerte. ¡Ah! ¡Que los dioses concedan a tus actos y a tu clemencia el premio que merecen! ¡Adiós! ¡Vuelve tu rostro a nosotros y da me un adiós de amigo que el viento inflará más dulcemente las velas, y el llanto ha de correr con menos desconsuelo de los ojos de aquel que se aleja! Dáme tu mano derecha como una señal de nuestra antigua amistad.

THOAS

¡Adiós!

TELON

Isla Orreño, 1942.